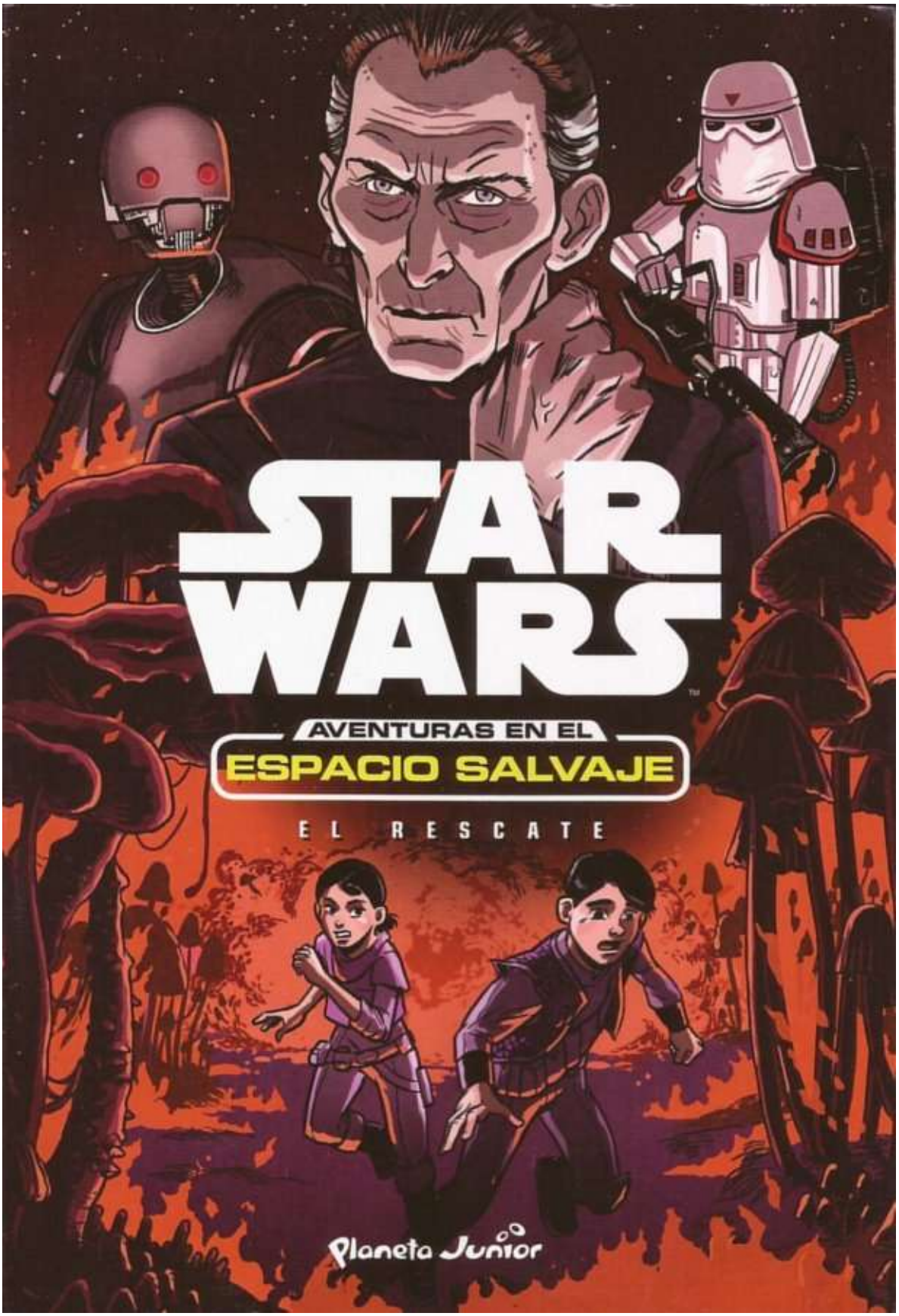

STAR WARS
AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE
EL RESCATE
Planeta Junior

Milo y Lina han hallado el misterioso planeta del Espacio Salvaje donde tienen retenidos a sus padres. Deben infiltrarse en una base secreta para liberarlos, pero la legión imperial al completo los persigue. ¿Conseguirán llevar a cabo el rescate?

Libro 7

El rescate

Tom Huddleston

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Adventures in Wild Space: The Rescue*

Autor: Tom Huddleston

Arte de portada: David M. Buisán

Ilustraciones: David M. Buisán

Publicación del original: mayo 2017

unos 18 años antes de la batalla de Yavin

Digitalización: Bodo-Baas

Revisión: holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

17.11.17

Base LSW v2.21

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana…

AVENTURAS EN EL ESPACIO SALVAJE

EL RESCATE

Son tiempos de oscuridad. Con el fin de las Guerras Clon y la destrucción de la Orden Jedi, el malvado Emperador Palpatine domina la galaxia sin oposición.

Tras meses de búsqueda, Milo y Lina Graf han descubierto que sus padres, Rhyssa y Auric, están siendo retenidos en una colonia minera del Imperio en el planeta Agaris, en medio del Espacio Salvaje.

Viajando en una nave imperial robada, Milo y Lina han llegado a Agaris dispuestos a liberar a sus padres de las garras del Imperio. Pero, en este nebuloso planeta, nada es lo que parece…

CAPÍTULO 1

AGARIS

El clavo de anclaje salió disparado de la parte inferior del *Mensajero Estelar*, introduciéndose profundamente en la superficie de una diminuta luna. «A duras penas se la puede llamar así», pensó Lina para sí. No era tanto una luna como un meteorito deformado, atrapado por la gravedad del planeta y condenado a orbitar para siempre. Aun así, sería suficiente para esconderse.

Milo pulsó el botón de retroceso y el cable se tensó, asegurando la posición de la nave imperial robada. CR-8R apagó el motor del *Mensajero* y la cabina quedó sumida en la oscuridad. Morq se escondió en el regazo de Milo, gimiendo asustado.

—Buen movimiento, hermanita —dijo Milo, ya más tranquilo—. Cráter, ¿nos han visto?

CR-8R negó con su cabeza de metal.

—No ha habido un aumento apreciable en las comunicaciones imperiales —dijo—. Al parecer, la perspicacia de la señorita Lina ha evitado que nos detectaran.

Lina se asomó por una de las ventanas mientras la pálida luz del amanecer se introducía en la cabina.

—Ahora la pregunta es: ¿cómo llegamos desde aquí hasta allí?

Sobre la desolada superficie de la luna se elevaba el planeta Agaris. Un sombrío y peligroso mundo, envuelto por bancos de nubes. Pero incluso en aquellas pequeñas partes en las que el manto de nubes se abría, Lina no pudo ver el deslumbrante verde y azul que se esperaría encontrar en un planeta como ése. Agaris estaba lleno de vida, según todos los sensores. Pero bajo todo aquel gris, lo único que pudo ver era más gris.

—La instalación imperial se encuentra en el continente más septentrional —dijo CR-8R, apuntando con su largo dedo de metal—. Los sensores detectan una fuerte señal de energía.

—¿Sólo una base? —preguntó Milo, sorprendido—. Mira y Ephraim dijeron que el Imperio había estado ocupando planetas enteros, estableciendo base tras base para poder controlar a la población.

—A lo mejor no hay población que controlar —apuntó Lina—. No hay señal de ciudades ni de tecnología.

—El señor Milo tiene razón —dijo CR-8R—. Si Agaris es el enclave de una operación minera imperial, ¿por qué los sensores no encuentran zonas de perforación o bases auxiliares además del complejo central? Dicho esto, quiero decir una cosa: sólo hay un lugar en el que puedan estar sus padres.

Milo cogió la mano de Lina y juntos contemplaron el vasto planeta pálido. Ahí arriba, en algún lugar, Rhyssa y Auric Graf estaban esperando, encarcelados y desesperados. La larga búsqueda de los hermanos estaba a punto de acabar.

Lina intentó imaginar la cara de sus padres; intentó evocar su olor y el sonido de sus voces. En las últimas semanas, esos recuerdos habían empezado a desvanecerse, y los sueños sobre Rhyssa y Auric se perdían entre la oscuridad y el peligro. «Pero no por mucho tiempo», se prometió a sí misma. Pronto, de alguna manera, volverían a estar juntos. Ella y Milo encontrarían el modo. Tenían que hacerlo.

Un resplandor en la oscuridad le llamó la atención, y sintió que Milo la agarraba con más fuerza. El Destructor Estelar *Ejecutor* apareció de entre las sombras del planeta como un elegante tiburón de plata, en busca de presas. La torre de mando se iluminó, rodeada de torretas láser y antenas.

—¿Estás totalmente seguro de que no pueden vernos? —preguntó Milo con nerviosismo.

—Todos los sistemas del *Mensajero Estelar* han sido desconectados —le dijo CR-8R—. Somos una nave gris en una luna gris. Y ellos no tienen ni idea de que estamos aquí.

—De todos modos, vamos a escucharlos, Cráter —sugirió Lina—. Sólo por si acaso.

—Se lo aseguro, señorita Lina —afirmó CR-8R, un poco a la defensiva—. Estoy monitorizando todas las transmisiones del Imperio, si algo saliera de lo habitual…

—Confiamos en ti, Cráter —dijo Milo—. Pero nos haría sentir mejor, eso es todo.

—¿Se sentirían mejor oyendo las voces de sus enemigos? —preguntó CR-8R—. A veces, simplemente no les entiendo.

Pero finalmente parcheó la señal para que se pudiera oír a través de los altavoces internos del *Mensajero Estelar*. Habían encontrado un involuntario regalo del anterior propietario de la nave, el capitán Korda: un escáner sintonizado con todos los canales de comunicación imperial, incluso algunos clasificados. «Cuando todo esto haya terminado —pensó Lina— podremos entregar la nave a Mira y Ephraim Bridger, una vez estemos en Lothal. Tal vez así nos perdonen por habernos escapado».

—Ejecutor, *aquí el transporte tres-seis-seis* —dijo una voz de hombre distante y distorsionada—. *Estamos listos para partir.*

—*Recibido, tres-seis-seis* —respondió un segundo hombre—. *Prepárense para soltar el acoplamiento.*

Un enorme buque de transporte emergió del hangar del Destructor, flanqueado por un par de cazas TIE. Los motores aceleraron y las tres naves se dirigieron hacia el planeta:

un trio de motas negras contorneadas contra las nubes.

—*Base Agaris, seguimos de cerca su faro y estamos llevando a cabo el descenso* —anuncio la primera voz mientras el transporte se desvanecía en la oscura atmósfera—. *Escolta, presten atención a esos tallos.*

Milo miró a Lina, confundido.

—¿Tallos? —preguntó—. ¿A qué se refieren?

—¿Alo mejor a alguna ave? —sugirió Lina—. ¿Puede que haya un pájaro gigante por allí?

—Tiene que ser realmente enorme para acabar con un transporte imperial —afirmó Milo—. De cualquier forma, es raro.

—Ejecutor, *aquí la* Patrulla-C —dijo una voz clara, y Lina se agachó instintivamente cuando un segundo par de cazas TIE aparecieron, dirigiéndose hacia el Destructor—. *Hemos terminado nuestro barrido, no hay ninguna nave por aquí. Sea lo que sea lo que les pasó a esos hombres, es problema del complejo, no nuestro.*

—*Controle esa boca,* Patrulla-C —respondió una abrupta voz—. O *haré que le destinen como explorador planetario. ¿Le gustaría?*

—*Recibido,* Ejecutor —respondió el piloto—. *Esto, por favor informe al gobernador Tarkin de que nuestros sensores están limpios. Pero haremos otra pasada, sólo por si acaso.*

—*Eso está mejor,* Patrulla-C —dijo el oficial—. *Haga esa doble pasada y quizá podamos olvidarnos de su… inapropiado comentario.*

—Tarkin —dijo Milo—. He oído ese nombre antes. Ephraim dijo que era alguien importante dentro del alto mando imperial.

—¿Y qué está haciendo aquí? —preguntó Lina—. ¿Y de qué están hablando? ¿Qué pasa con sus hombres?

—A lo mejor es por lo de esas aves gigantes —musitó Milo—. ¡Quizá se los han comido!

—El piloto ha dicho que el accidente seguía siendo un misterio —añadió CR-8R—. Obviamente la situación en Agaris está lejos de ser satisfactoria, desde el punto de vista del Imperio.

—Es decir, que es buena para nosotros —dijo Lina—. Si están distraídos con esas cosas, nos puede resultar más fácil colarnos.

—Si ese Tarkin es tan importante como el señor Milo cree, estará bien protegido —le recordó el droide.

Milo asintió.

—Pero si están tan ocupados protegiéndolo, a lo mejor no prestarán mucha atención a un par de prisioneros.

Lina sonrió.

—Exacto —dijo—. Bajemos y descubrámoslo.

Observaron en silencio cómo el *Ejecutor* cruzaba el planeta cual flecha negra dibujada en las nubes. La luna se movía en una órbita distinta y los alejaba de su destino. Enseguida el Destructor Estelar fue sustituido por la cara grisácea de Agaris.

—Una vez hayamos despegado encenderé los propulsores durante dos segundos —explicó Lina—. Eso debería de ser suficiente para salir de la órbita gravitacional de la luna y entrar en la del planeta. Cráter, deja apagados todos los sistemas hasta que lleguemos a esas nubes.

—¿Todos? —preguntó el droide—. Pero señorita Lina, sin los sistemas de navegación volaremos a ciegas y no podrá…

—Deja que yo me preocupe de eso, Cráter —dijo—. Con suerte, si alguien nos ve pensará que somos un montón de escombros. Milo, recoge el ancla. Movámonos antes de que ese Destructor Estelar vuelva.

Lina sintió que el *Mensajero Estelar* se elevaba suavemente de la superficie lunar y oyó un chasquido cuando el cable de anclaje regresó al interior de la nave.

—Cráter, vuelve a encender los motores —ordenó Lina—. Tres, dos…

Y aceleró los propulsores. La gravedad de la luna los oprimía contra los asientos mientras el *Mensajero Estelar* se elevaba, dirigiéndose directamente hacia el oscuro planeta que tenían enfrente.

Segundos después, Lina redujo la potencia, con la esperanza de que ningún observador imperial hubiera visto la repentina llamarada de los motores. Sintió como la gravedad del planeta se apoderaba de ellos, generando un constante descenso. El *Mensajero Estelar* comenzó a rodar y Agaris se desplazó lentamente hasta salir de su campo de visión, sustituido primero por un campo de estrellas y después por la pequeña luna circular, que retrocedía poco a poco.

Milo gruñó.

—No debería haberme comido ese último trozo de pescado para desayunar.

—Trata de cerrar los ojos —sugirió Lina.

Milo lo intentó por un momento, pero después negó con la cabeza.

—Sólo lo empeora.

Ahora veían de nuevo Agaris, que llenaba el ventanal de una masa gris. Su giro comenzaba a acelerarse y la gravedad del planeta los atraía cada vez con más fuerza. Morq lanzó un chillido horrorizado. Lina sabía cómo se sentía.

—Ejecutor, *aquí* Patrulla-C. —La voz del piloto regresó de repente, y Lina sacudió la cabeza—. Ejecutor, *responda por favor.*

—*Aquí* Ejecutor —respondió la voz del oficial—. *¿Quépasa ahora*, Patrulla-C?

—*Estamos realizando nuestra segunda pasada* —dijo el piloto—. *El escáner ha detectado algo. Le enviamos el informe.*

Lina miró a Milo, que no se atrevía a hablar. Mientras el *Mensajero Estelar* rodaba pudieron ver a los cazas, a lo lejos pero acercándose.

El oficial suspiró.

—*Apreciamos su diligencia,* Patrulla-C, *pero no hay necesidad de reportar cada meteorito que detecte el escáner.*

—*Está hecho de metal, señor* —insistió el piloto—. *Sé que no hay lecturas de potencia pero…*

—*Pues es un meteorito con un núcleo de acero* —interrumpió el oficial—. O *es basura espacial, probablemente de la última vez que la soltamos. Ignórelo,* Patrulla-C, *y continúen con su búsqueda.*

Lina respiró aliviada. Habían estado demasiado cerca. Si el Imperio los hubiera visto, hubiese sido el fin. Incluso aunque lograran escapar, habrían perdido el factor sorpresa.

El *Mensajero Estelar* rodó directamente hacia el planeta, y ahora podían apreciar como las nubes más altas se les acercaban. En cuanto se encontraran a salvo en el interior de la atmósfera, encenderían los propulsores y buscarían algún lugar en el que aterrizar.

—Cráter —dijo Lina—. Prepárate para…

—Ejecutor, *vamos a comprobarlo* —dijo la voz del piloto, retumbando por toda la cabina—. *Probablemente tenga razón, pero es mi cuello el que estará en juego si el gobernador descubre que hemos ignorado algo importante.*

El rostro de Milo palideció. Lina se agarró con fuerza a los reposabrazos.

—*Muy bien,* Patrulla-C —respondió el oficial—. *Pero hágalo rápido.*

—Cráter, empecemos —ordenó Lina—. Milo, ponte el cinturón.

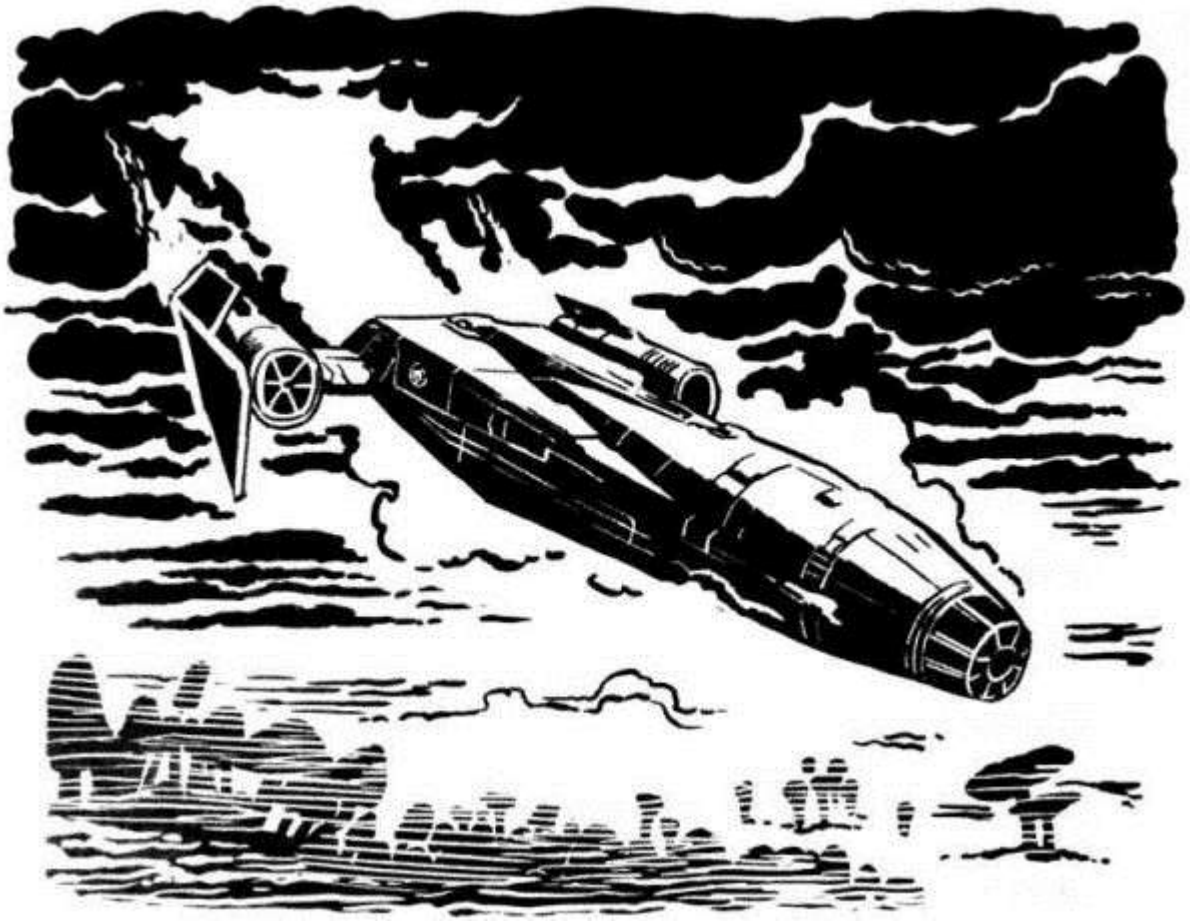
Sintió que los motores chirriaban y daban potencia a los propulsores, permitiendo que la nave dejara de rodar. Podía imaginarse la cara de sorpresa del piloto del caza cuando aquel trozo de basura espacial cobró vida de repente, volando en dirección al planeta.

—Vienen a por nosotros —le advirtió Milo.

—Ya me lo imaginaba —respondió Lina mientras se hundían en la atmósfera y el aire que les envolvía pasaba del negro al azul.

Entonces las nubes los engulleron. Un momento estaban bajo la luz del sol, y un segundo después se arrastraban por una densa niebla, y el vapor ocupaba todo el ventanal. El viento impactó contra el casco del *Mensajero Estelar* y la nave se tambaleó hasta que Lina alcanzó la palanca de control y pudo nivelar la nave.

Salieron de la borrasca y aparecieron en un día nublado. El sol emitía un acuoso resplandor tras las nubes y, por debajo de ellos, Lina pudo ver una oscura llanura que se extendía hasta un conjunto de montañas dentadas en el horizonte.



Al principio pensó que la superficie era desierta, sólo compuesta de rocas lisas de color gris. Pero entonces, observándola de cerca, vio que estaba cubierta de grandes cúpulas, como ampollas sobre la piel de Agaris.

—¿Esas cosas son…? —preguntó perpleja—. Parecen…

—Setas —dijo Milo por ella—. Un bosque entero de ellas. Y son enormes. Mira ésa, es más grande que la nave.

—Los hongos gigantes son muy comunes, se encuentran en muchos planetas —apuntó CR-8R.

—Pero parece que no hay nada más —dijo Milo—. ¿Dónde están los árboles? ¿Dónde está el césped? Sólo hay setas por todos…

Se oyó un rugido y el *Mensajero Estelar* se sacudió violentamente. Morq dio un grito y saltó del regazo de Milo para esconderse bajo la consola, temblando. Lina golpeó la palanca de dirección hacia un lado y esquivaron un disparo por muy poco. Un proyectil verde pasó junto a ellos y cayó en el bosque de setas.

—No podemos evitarlos, señorita Lina —dijo CR-8R—. Nos siguen de demasiado cerca.

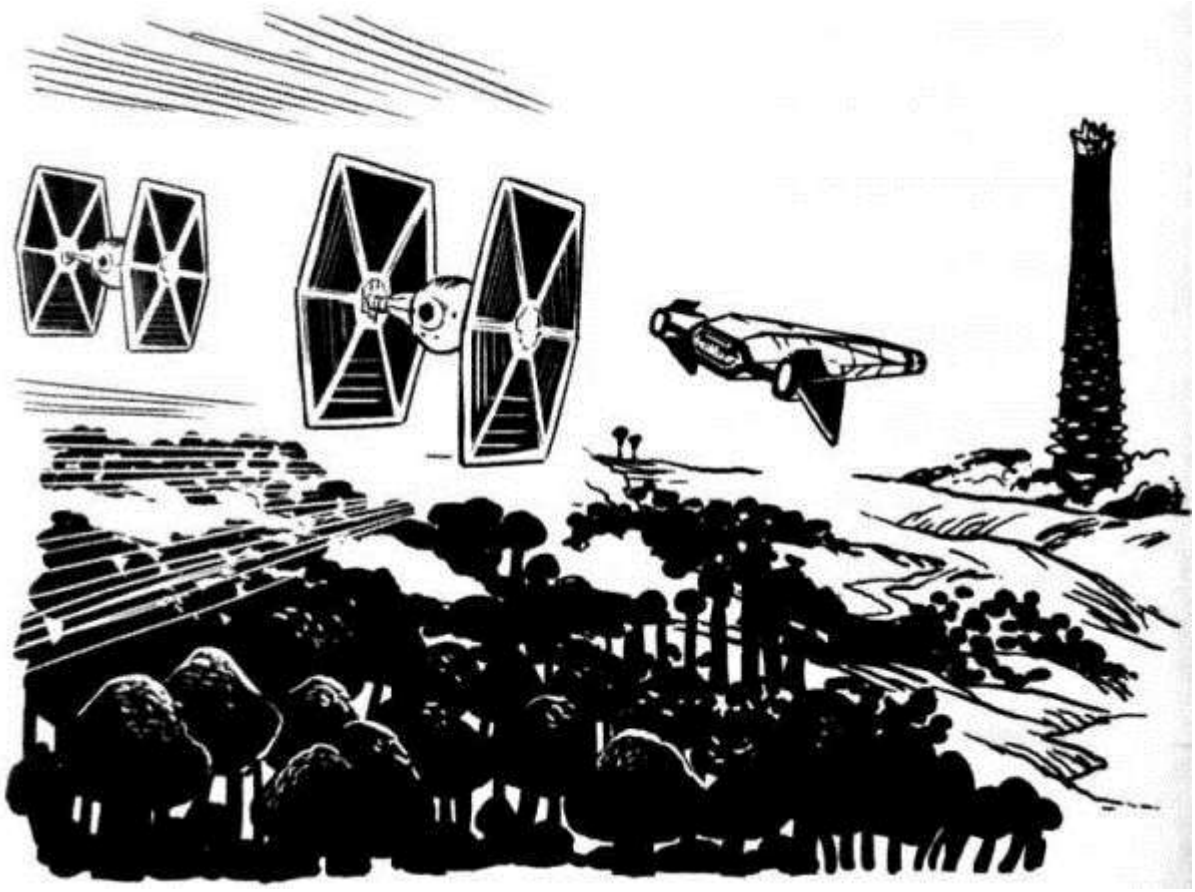
Revisando el ventanal trasero, Lina vio que el droide tenía razón. Los dos cazas TIE estaban prácticamente encima de ellos, con sus motores de ion rugiendo a toda potencia. Las maniobras evasivas no servirían de nada a esa distancia. ¿Dónde podrían ir?

—¿Qué es eso? —preguntó Milo, señalando hacia delante—. Parece una torre.

Una alta silueta se perfilaba contra el cielo. Milo tenía razón; parecía una estructura artificial: un esbelto rascacielos oscuro con una amplia base.

—¿Imperial? —preguntó Lina.

—El complejo imperial está a cierta distancia todavía, en la base de esas montañas —dijo CR-8R—. Y esta estructura no se corresponde con ningún diseño con el que esté familiarizado.



Otro proyectil impactó contra la nave, enviándola hacia abajo. Lina intentó mantener el control corrigiendo la dirección del *Mensajero Estelar*, pero era muy consciente de que otro impacto acabaría con ellos.

—Nos dirigiremos allí de todos modos —dijo—. No tenemos otra opción. Quizá quienquiera que haya construido eso pueda ayudarnos.

—Espera —dijo Milo con asombro—. ¿Se está moviendo?

De alguna manera, la enorme estructura se estaba inclinando hacia ellos. La base estaba arraigada en el suelo, pero las capas superiores se encaraban hacia ellos. Al

hacerlo, Lina se dio cuenta de que no era en absoluto una torre, ni siquiera era recta. La estructura se curvaba en el medio como un alto tallo y se alzaba terminando en una gran protuberancia.

—No es un edificio —dijo Milo—. ¡Es otra seta!

—¿Está… apuntando hacia nosotros? —preguntó Lina, olvidando por un momento que los estaban persiguiendo.

Mientras observaban como una serie de pliegues de un pálido verde se extendía por la parte superior de la seta, que se abría como una flor, percibieron una abertura en el centro.

—Es casi como… no, no puede ser —dijo Milo.

—¿Qué? —le instó Lina.

—Bueno, como si fuese un cañón, ¿no? —preguntó Milo—. Como un barril con la abertura al final. —Entonces los alcanzaron—. Lina, sácanos de aquí. Los tallos, ¿recuerdas? ¡Cuidado con los tallos!

Pero fue demasiado tarde. Lina vio una ondulación en la base del hongo gigante que subía a través del tallo cada vez a más velocidad. Cuando alcanzó la abertura, algo salió volando: una brillante esfera roja tan grande como el cuerpo central de un caza TIE, reluciente y con púas doradas.

Lina agarró la palanca de dirección con todas sus fuerzas, consciente de que no tenían ninguna oportunidad. El proyectil se estrelló contra la parte delantera del *Mensajero Estelar*, y sus espinas perforaron el casco. Las alarmas se encendieron y las sirenas comenzaron a sonar, pero para entonces ya estaban girando y descendiendo, sin poder hacer nada, hacia la superficie del planeta.

CAPÍTULO 2

TIERRA CHAMUSCADA

El gobernador Tarkin se quitó un guante de cuero negro y pasó el dedo por el balcón metálico de la terraza. La punta del dedo se le ennegreció. Disgustado, negó con la cabeza, se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió las manos antes de volver a ponerse el guante.

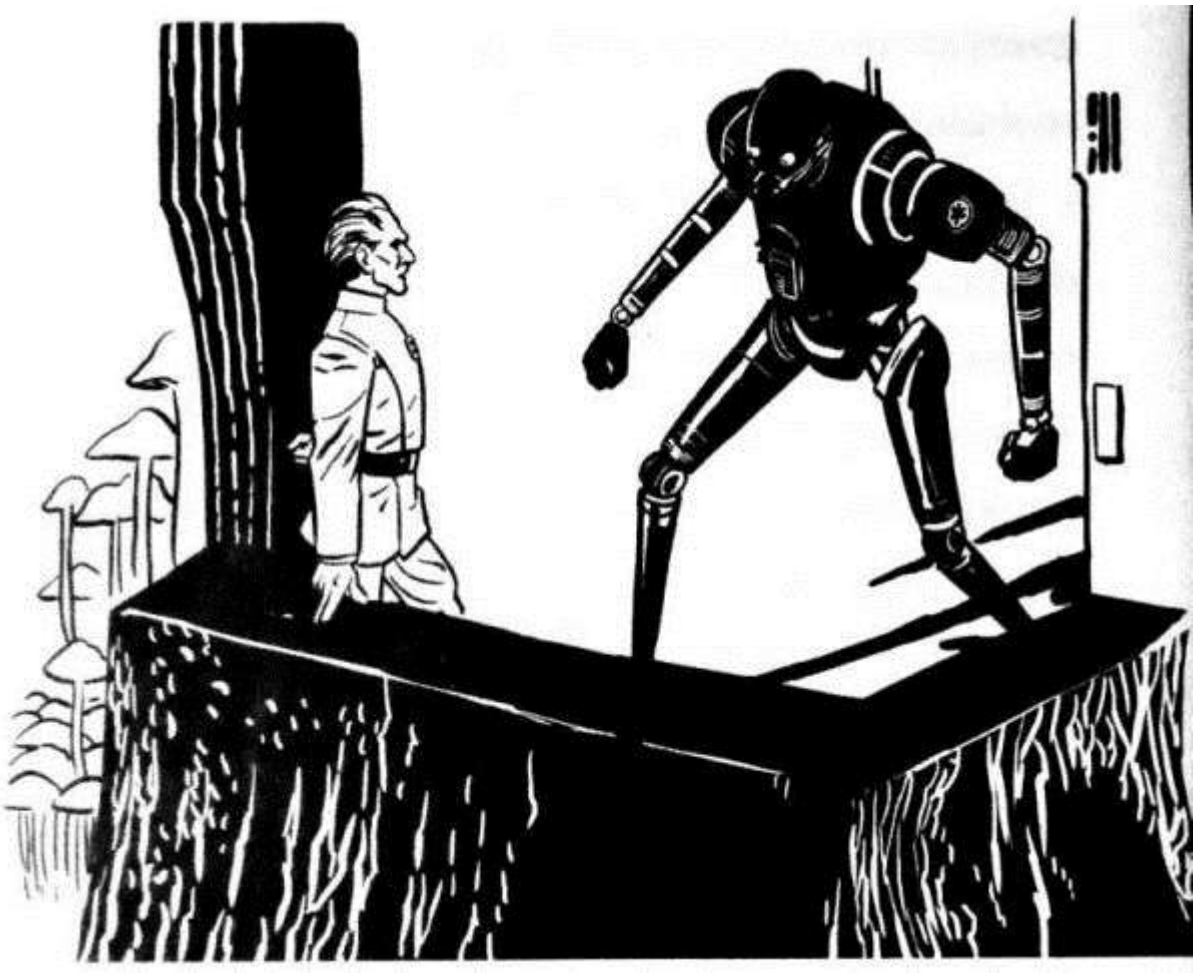
En aquel planeta todo estaba podrido; el aire era húmedo y fétido, y las constantes nubes eran sombrías y opresivas, como si lo poseyeran todo. La ropa del gobernador, las botas, las armas e incluso su impoluta nave espacial, el Pico *Carroñero*, habían adquirido una capa de hongos negros. Para un hombre que apreciaba tanto la limpieza, esto era prácticamente intolerable.

Una llamarada de luz roja captó su atención y miró hacia la oscuridad. Desde su ventajosa posición en lo alto del recinto de piedra podía ver a través de los bosques de Agaris. Era una imagen que ya había llegado a odiar: despreciaba las enormes cúpulas grisáceas y los hongos más pequeños que se agrupaban alrededor de ellas como lúgubres salpicaduras de pintura esparcidas sobre una pared gris. Pero su odio más profundo estaba reservado a esos tallos gigantes, con su irritante costumbre de derribar sus cazas con esas bolas puntiagudas. Habría ordenado que los talaran todos si no fuera porque tenían problemas más urgentes.

La luz surgió de nuevo. Tarkin sacó un par de macrobinoculares de su chaqueta. Dos cazas TIE estaban siguiendo algo. ¿Una nave? Se agarró a la barandilla, observando con más atención. ¿Podría ser la respuesta que había estado buscando? ¿Había rebeldes secuestrando a sus hombres sin que él se hubiera dado cuenta?

O podría ser… sí. Había oído los informes de la luna de Xala, de la caída del capitán Korda y los hijos de los Graf. ¿Adónde iban a ir, si no aquí? Sonrió. Era casi perfecto.

Agudizó su atención, para intentar distinguir qué era lo que sus cazas estaban siguiendo. Pero la persecución parecía haberse terminado, y los cazas TIE volaban en círculos como unos buitres carroñeros sobre un cadáver. Entonces, ¿los niños estaban muertos? Esperaba que no; serían una valiosa herramienta para hacer que sus padres hablaran. Aunque, en realidad, si el droide seguía con ellos, ya no necesitaría a los Graf, así que no sería tan grave que los niños hubiesen perecido.



Sonó el timbre de la puerta y Tarkin suspiró. La persiana se abrió para revelar una enorme figura, casi demasiado alta para cruzar la puerta. El droide de seguridad KX agachó la cabeza y se dirigió hacia el balcón, con los brazos metálicos balanceándose a cada lado. El negro caparazón del K-4D8 había sido pulido hasta relucir. El símbolo imperial en oro ornamentaba uno de sus hombros, indicando su nuevo rango. Al verlo, Tarkin sonrió levemente. Aunque el droide otorgara su lealtad a un hombre que él detestaba, ahora los tres eran meros servidores de una causa mucho mayor.

—El director Krennic le envía saludos —dijo el droide, con una voz que sonaba como metal arañando metal—. Me ha ordenado personalmente supervisar el transporte del primer envío de cuadamio a la Base Centinela. Con su permiso, gobernador.

—Por supuesto —dijo Tarkin en voz baja, frunciendo los labios—. ¿Y ésas son las únicas órdenes de Krennic? Porque un hombre más suspicaz sospecharía que te han enviado para espiarme.

K-4D8 se irguió, con sus sistemas vibrando.

—Mis órdenes son claras —aseveró—. Escoltar el primer envío tan pronto como el mineral esté preparado. Y mientras tanto, ponerme al servicio del gobernador Tarkin y llevar a cabo cualquier tarea que me asigne.

—Ah, ¿así que estás aquí para ayudarme? —preguntó Tarkin—. El director es demasiado amable.

—Creyó que un par de manos podrían acelerar las cosas —explicó el droide.

Tarkin entrecerró los ojos.

—Sí, muy propio de él. Muy bien, droide, no hay necesidad de esconder la verdad. Sabes bien, y por descontado el director Krennic también sabe, que el progreso ha sido más que lento. De hecho, nuestras operaciones mineras se estancaron antes de empezar.

Señaló con la cabeza la parte inferior del recinto, hacia el patio. La plaza de piedra estaba llena de enormes máquinas de minería: brazos de perforación y extractores minerales, pulverizadores de roca y bombas de drenaje, todos trabajando en la extracción de hongos. Los cargadores llevaban el equipo de un lado a otro de la plaza, y grupos de soldados de asalto corrían de un lado para otro, pero incluso desde la distancia Tarkin podía apreciar que fingían estar ocupados, fingían que estaban haciendo algo.

—El director cree que Agaris tenía uno de los depósitos de cuadamio más ricos de toda la galaxia —dijo K-4D8—. ¿Este complejo no fue una antigua colonia minera?

Tarkin asintió. La base imperial parecía desde el exterior un único muro de piedra apoyado contra la ladera de la montaña. Pero los mineros se habían introducido bajo la superficie rocosa, dejando una compleja red de sinuosos y oscuros túneles.

—Desgraciadamente, las fuentes han sido explotadas —dijo—. Y encontrar nuevos lugares para perforar ha demostrado ser un verdadero reto.

Un grupo de búsqueda de soldados de asalto se reunía en el patio, comprobando sus armas y asegurando sus cascos. Cuando se volvieron hacia el bosque de setas, parecían reacios a abandonar la seguridad del complejo. Su comandante hizo un gesto brusco y los soldados se movilizaron, sujetando con fuerza sus blásters.

Tarkin casi podía oler su miedo.

—¿El problema es el equipamiento? —preguntó K-4D8—. ¿Necesita recalibrar los escáners?

—Los hombres siguen desapareciendo —admitió Tarkin bruscamente—. No sabemos por qué, no sabemos si alguien los está capturando, o si simplemente se están… perdiendo. Pero dieciséis patrullas se han desvanecido en los últimos ocho días, un total de ciento once hombres.

La sorpresa de K-4D8 se hizo evidente en sus pálidos ojos metálicos.

—Ciento once —repitió.

—Los pocos que regresaron no tienen muy claro lo que pasó —dijo Tarkin—. Algunos hablan de siluetas en la niebla, figuras que les rodeaban en la oscuridad. Lo que por supuesto es imposible. Agaris carece de vida, los antiguos registros mineros y nuestros propios sensores así lo han demostrado.

—¿Sospecha que hay alguna interferencia externa? —preguntó K-48D.

—No sé qué sospechar —dijo Tarkin—. Este maldito planeta nos confunde a cada paso. Pero no está todo perdido. He hecho traer a un par de prisioneros que saben todo lo

que hay que saber sobre Agaris. Me darán las respuestas que busco, o sufrirán las consecuencias.

El droide se acercó un poco más.

—Estoy programado para llevar a cabo más de diez mil métodos diferentes de interrogación —afirmó con frialdad—. Por favor, avíseme si puedo serle de ayuda.

Tarkin ignoró la solicitud de K-4D8.

—Eso no será necesario —dijo. Después sonrió—. Aunque, en realidad, sí que tengo una tarea para ti. Hace un momento, mis cazas han derribado una nave que pretendía adentrarse en el espacio aéreo de Agaris. Puede que a bordo hubiera dos niños y un droide, que podría ser muy útil para dar con las respuestas que estoy buscando. Coge un pelotón pequeño. Si los niños han sobrevivido, tráemelos. Y, en cualquier caso, quiero la cabeza del droide.

—¿No se encargarán los pilotos de los cazas de recoger a los supervivientes? —preguntó K-4D8.

—Esto es importante para mí —le dijo Tarkin al droide—. Y ahora mismo mis hombres tienen la costumbre de desaparecer. Sea lo que sea lo que hay ahí fuera, supongo que se lo pensará dos veces antes de atacarte a ti. Y si no vuelves… bueno, entonces sabré que es algo serio.

El droide saludó con energía.

—Le mantendré informado —prometió, y salió del balcón.

Tarkin sacó el comunicador de su bolsillo.

—Envíenme a los prisioneros —ordenó—. Y traigan una botella de alderaaniano blanco, con tres vasos.

Se apoyó sobre la barandilla, preguntándose si esa patrulla que acababa de salir seguía ahí fuera o si ya habrían desaparecido como los otros. Negó con la cabeza mientras la frustración conquistaba su estómago. No iba a dejar que este maldito planeta lo derrotara.

Tal vez era el momento de tomar medidas más extremas. Sus hombres habían talado el follaje que rodeaba el complejo, pero todavía podía ver el muro grisáceo de gruesos troncos que había más allá del perímetro. Necesitaban talar más, llegar más lejos, limpiar este planeta kilómetro a kilómetro.

Por un momento, las nubes escamparon y un rayo de luz solar impacto contra el bosque de hongos, iluminando los enormes caparazones y dándoles un aspecto mucho más colorido. En ese instante, Tarkin consideró la posibilidad de que aquello pudiese parecer un paisaje muy bonito.

Pero entonces las nubes volvieron a cerrarse y la oscuridad descendió de nuevo.

Rhyssa y Auric Graf le fueron entregados maniatados por un par de soldados de asalto. Tarkin ordenó que les quitaran las esposas, invitando a los prisioneros a que se sentaran a una mesa en la esquina del balcón, donde una botella y tres vasos les estaban esperando. Sirvió el vino, se acomodó en una silla y los miró con intensidad. Se dio cuenta de que el encarcelamiento de los Graf no había sido especialmente agradable.

Ambos estaban considerablemente más delgados que en su foto de archivo y sus uniformes de preso les iban enormes. Auric tenía un moretón en la mejilla, y otro en la parte posterior de la mano. Rhyssa también tenía cicatrices de resistencia, pero sus ojos estaban llenos de ira mientras miraba a Tarkin e ignoró el vaso que tenía frente a ella.

—¿Dónde están mis hijos? —preguntó—. Quiero verlos. Ahora.

Tarkin bebió tranquilamente de su copa devino.

—No estáis en posición de hacer demandas —dijo—. Y además ya conocéis mis términos. Contadme todo lo que sabéis sobre este pequeño y patético planeta, absolutamente todo. Si me gusta lo que oigo, consideraré la posibilidad de devolveros a vuestros hijos. Si no, no hay absolutamente nada que pueda hacer. Y os advierto, se está agotando mi paciencia.

—No nos importa tu paciencia —gruñó Auric, con los puños cerrados—. ¿Cómo podemos saber que tienes a Milo y Lina? Han estado huyendo del Imperio hasta ahora. ¿Quién nos dice que no siguen ahí fuera?

—Nadie —admitió Tarkin—. Sois mis prisioneros. Y si queréis volver a ver a vuestros hijos con vida, haréis lo que os diga.

—¿Qué harás con la información que te demos? —preguntó Rhyssa—. Si te decimos todo lo que sabemos de Agaris, ¿qué quedará de este planeta cuando hayas acabado?

—Sabemos que esto es una operación minera —dijo Auric, señalando las máquinas que había abajo—. Sólo hay una cosa por la que estás cavando en este planeta: cuadamio. Y sólo hay una cosa que vayáis a construir con eso. Armas, para que tu vil Imperio pueda arruinar más vidas y oprimir a más gente pacífica. No seremos parte de eso.

—Entonces vuestros hijos morirán —dijo Tarkin rotundamente mientras intentaba esconder la rabia que sentía—. Así de simple, Auric se hundió en el asiento, mordiéndose el labio. Pero Rhyssa se inclinó más, con su pálido rostro desafiante.

—No destruiremos un planeta entero, tan sólo a cambio de tu palabra. Puedes amenazar a nuestros hijos todo lo que quieras.

—¿Por qué es tan especial este planeta? —preguntó Tarkin—. Miro afuera y lo único que veo es suciedad y hongos. Podría entender vuestra terquedad si hubiese algún rastro de vida… pero no hay nada.

Se interrumpió y dirigió la mirada hacia Auric. Por un momento, justo al pronunciar la palabra *vida*, le pareció ver que el párpado del hombre temblaba. Sólo había sido un leve parpadeo, pero Tarkin estaba seguro de que aquello significaba algo. Podía sentir esas cosas.

Una gota de sudor bajó por la cara de Auric y se la apartó mientras cogía el vaso y daba un sorbo de vino. Y con eso, el gobernador dio por ciertas sus suposiciones.

Sintió una punzada de excitación. Una nueva especie, escondida e inexplorada. Nuevos reclutas para el Imperio, o nuevos esclavos para las minas que abarataran los costes de esta operación en gran medida. Lo único que tenía que hacer era encontrarlos.

—Os daré un día para cambiar de opinión —dijo—. Después, os lo juro, nuestra próxima conversación será sobre los cuerpos de vuestros hijos.

Hizo un gesto a los soldados de asalto que vigilaban la puerta.

—Sacad a estas personas de mi vista.

Rhyssa se acercó a Auric mientras los llevaban de vuelta a la celda. Las esposas se le estaban clavando en las muñecas y sus piernas estaban debilitadas a causa del hambre y el agotamiento. Pero aún había algo de fuerza en su interior; podía sentirla. Todavía no estaba derrotada, a pesar de lo que Tarkin pudiera pensar.

—No le creo —susurró a su marido mientras se le acercaba—. Está mintiendo, no tiene a los niños.

—¿Y si te equivocas? —preguntó Auric. Sus mejillas estaban vacías y Rhyssa pudo ver cómo el terror llenaba sus ojos—. No voy a arriesgar sus vidas, Rhyss. Ni siquiera por…

—Ni yo tampoco —lo interrumpió Rhyssa—. Eso no pasará. Lo sé.

Uno de los soldados la empujó por la espalda con su bláster.

—Muévete, escoria —dijo mientras dirigía a Rhyssa por un pasadizo.

Los pasillos del complejo eran estrechos y oscuros; la humedad se agrupaba en pequeñas zonas llenas de hongos y liquen verde. Descendieron por un largo trayecto de escaleras, pasando por un arco de piedra que vibraba con el sonido de los pasos y la maquinaria. A través de él, Rhyssa pudo ver un hangar alto, con dos filas de cazas TIE y una nave en forma de daga, dotada con un gran arsenal de armas. Podía apostar a que aquélla era la nave personal de Tarkin; tenía el mismo aire de determinación que su propietario.

Un droide de reparación MSE-6 pasó caminando, hablando para sí mismo. Aparte de eso, el hangar parecía estar casi desierto: pudo ver un par de soldados de servicio en la entrada y otros dos desmontando un motor TIE, pero eso era todo.

Memorizó el camino desde la celda hasta el hangar: primer pasillo a la izquierda y después veinte pasos hacia delante. Girar dos veces a la derecha, una a la izquierda y otra a la derecha. Entonces la puerta de la celda se abrió para dejarlos pasar, y entraron en el diminuto espacio de paredes negras.

Los soldados les quitaron las ataduras y se retiraron, cerrando la puerta tras de sí. Auric se dejó caer en la litera y se cubrió hasta la cabeza con una sucia manta.

—Si por lo menos pudiéramos verlos —dijo—. Si por lo menos pudiéramos saber que están bien.

—Están bien —insistió Rhyssa—. Lo siento. Lo creo.

—Sólo te lo estás diciendo a ti misma —dijo Auric, volviéndose de espaldas a ella—. No lo sabes.

Rhyssa se puso de rodillas junto a él.

—No podemos perder la esperanza. No podemos dejar que nos gane.

Auric soltó una breve y amarga risotada.

—Ya nos ha ganado, cariño.

Rhyssa alargó la mano y apretó su hombro.

—No —dijo—. No lo ha hecho. ¿Recuerdas?

Y señaló hacia la esquina de la celda, en la oscuridad. Allí, enterrado en una pequeña grieta en el muro de piedra, se percibía un pequeño signo de color.

La lisa cabeza de la seta era tan pequeña como la uña de Rhyssa, pero tenía el doble de tamaño que el día anterior. El tono también era más vivo, de un naranja que se convertía poco a poco en rojo, como el primer rayo de luz de la mañana.

«Un día más», había dicho Tarkin. Esperaban que fuese suficiente.

CAPÍTULO 3

EN LA NIEBLA

—Vamos, Cráter —insistió Milo casi implorando—. ¡Tenemos que irnos!

El droide negó con su cabeza metálica.

—Me temo que eso es simplemente imposible, señor Milo. Este proyectil me ha atravesado como a un cerdo.

La espora había impactado contra un costado del *Mensajero Estelar*, desgarrando el casco de la nave con sus espinas. Milo y Lina habían tenido suerte ya que sus asientos quedaban al otro lado de la cabina. Pero uno de los pinchos se había hundido justo en el torso de CR-8R, inmovilizándolo. Aquel impacto sólo había empeorado las cosas, porque la espora provocó que la nave cayera al suelo. Los accesorios y las extremidades de CR-8R estaban enterrados bajo una tonelada de metal triturado y una materia húmeda proveniente del hongo.

—Esos cazas TIE se acercan —advirtió Lina, colocándose su mochila y echando un vistazo a través del techo agrietado. Los cazas habían usado sus láseres para despejar una zona de aterrizaje entre unas setas del tamaño de edificios, y ahora estaban dando círculos un poco más cerca—. Tenemos que salir de aquí.

—Vayan —instó CR-8R a Milo—. No tengo tiempo para liberarme, y no tiene sentido que nos capturen a todos. Tienen que huir.

—Pero ¿hacia dónde? —le preguntó Milo—. Estamos en un planeta inexplorado en medio de un extraño bosque de hongos, y con el Imperio por todos lados.

—Estarán bien —insistió CR-8R, apretando el brazo de Milo con la mano que tenía libre—. Confíen en ustedes, y el uno en el otro. Y no vayan comiendo setas por muy buena pinta que tengan.

Milo asintió.

—Volveremos a por ti —dijo—. Lo prometo. Después se apartó y se escabulló por el agujero de la cabina, usando los asientos para impulsarse. Morq le siguió, corriendo hacia la luz. Lina se agachó para empujar a su hermano, y los tres se pararon un momento sobre la proa magullada de la nave.

—Me pregunto —dijo Milo—, si hay algún tipo de nave que no puedas destrozar aunque lo intentes.

Lina le golpeó en el brazo.

—Cuidado.

Los cazas habían aterrizado justo delante de un denso grupo de setas. Milo podía oír las palabras de los comunicadores mientras los pilotos se acercaban a pie. Pero ahora una tercera nave apareció flotando, una nave de desembarco blindada, con ambos lados abiertos. Había más soldados en el interior, con sus blásters desenfundados.

Cuando la nave descendió, un alto droide negro bajó desde la bodega de carga, agarrándose de una barandilla con su enorme mano. Volvió su cabeza y los miró directamente. El droide empuñó un transmisor.

—Niños. —Su voz resonó por los altavoces de la nave—. Ahora estáis a salvo. No tenéis de qué preocuparos. Quedaos en la nave.

Lina resopló.

—No lo creo.

Milo se volvió para mirar por encima de su hombro. El bosque de hongos se extendía tras ellos hasta llegar a las distantes montañas. Pero justo después de la nave, el terreno descendía, con una serie de huecos oscuros que se distinguían entre una niebla irregular.

—Ese camino parece una buena opción —dijo—. A lo mejor podemos perderles entre la niebla.

Se deslizaron por aquel lado del *Mensajero Estelar*; con Morq por delante. Milo impactó contra el suelo y corrió, intentando llegar a la protección de los grandes tallos. El suelo era un manto esponjoso y negro, salpicado de hongos de todas las formas y de todos los colores, desde los que tenían el tamaño de un cabello hasta los que alcanzaban el tamaño de un hombre, con unas cabezas en forma de paraguas. Pero no había un follaje denso, nada que les molestara, y lo agradecían.

Oyeron como los soldados llegaban a la nave, acompañados por el eco de sus blásters disparando. De repente, el comunicador de Lina se encendió. El corazón de Milo le dio un vuelco, CR-8R ya había usado ese truco antes, en Xirl. Utilizaba sus sensores auditivos para emitir a través del comunicador todo lo que podía oír mientras los soldados hablaban. Quizá el droide podría salir de ésta, pensó Milo. O a lo mejor fingía estar muerto, y los soldados ni se fijarían en él.

—*La nave está desierta, pero hemos encontrado un droide* —dijo un hombre al que Milo reconoció como uno de los pilotos que habían oído antes de entrar en Agaris—. *Está atrapado entre los restos. Podríamos cortarlo, pero vamos a tardar un poco.*

—*El gobernador sólo necesita la cabeza* —respondió el droide negro—. *Dejen el resto.*

—*No, por favor, esp…* —suplicó CR-8R. Y de repente sonó un disparo.

El comunicador se apagó.

Milo miró a Lina, con el corazón a cien por hora. Lina negó con la cabeza.

—Ya pensaremos después —dijo—. Ahora corre.

Milo obedeció, corriendo sobre el terreno pantanoso. «CR-8R estará bien», se dijo a sí mismo. No era la primera vez que perdía la cabeza. Llegaron ala primera bajada, una inclinada pendiente rocosa. La oscuridad se hizo más profunda y la niebla se espesó a medida que descendían. A su alrededor todo era silencio: sin animales ni cantos de pájaro, ni siquiera el sonido del viento. Pero Milo pensó que quizá eso fuese positivo; si todo estaba en silencio podrían oír a los soldados tras ellos y el crujido de sus comunicadores mientras los perseguían.

Al final del desfiladero había un estrecho arroyo que corría entre hileras de rocas cubiertas de musgo. Se apartaron a un lado para seguir el caudal de agua. La niebla era más espesa, y enseguida pudieron oír un sonido profundo, más intenso a medida que avanzaban. Milo agarró la mano de Lina y se detuvieron al borde de un pedregoso precipicio, por donde el agua caía hacia la oscuridad. Morq se agachó temblando a mirar por el borde.

Lina maldijo en voz baja.

—¿Qué hacemos ahora? —Los soldados les impedían retroceder, y el muro que tenían a un lado resultaría una escalada demasiado difícil.

—No tenemos otra opción —indicó Milo—. Seguimos adelante, ¿vale?

—Pero no tendremos cobertura —dijo Lina, mirando hacia arriba—. Si nos ven, nos dispararán. —Se inclinó por el borde—. Podríamos saltar, supongo. Pero no sabemos qué es lo que hay abajo.

Milo siguió su mirada. La base de la caída se perdía en la penumbra.

—De ninguna manera —dijo—. Pero espera, ¿y eso?

Al borde de la cascada se alzaba una enorme roca y por debajo parecía haber una sombría cueva. Milo entrecerró los ojos para tratar de observar su interior. Pero entonces oyeron el murmullo de las voces y el chapoteo tras ellos. En ese momento se dieron cuenta de que su tiempo se había terminado.

—Es lo mejor que tenemos —le dijo a Lina—. Vamos.

Cruzaron el arroyo para pasar al otro lado y se sentaron al borde del acantilado para escabullirse bajo la roca. Justo en el momento en el que bajaron, sonaron las voces encima de ellos, junto al chapoteo del agua.

—No hay rastro de ellos —explicó el piloto con una reconocible voz profunda—. La niebla es demasiado espesa. Solicito permiso para volver a la nave.

—*Negativo* —respondió la voz del droide a través del comunicador—. *El gobernador quiere que encontremos a esos niños.*

El piloto suspiró y Milo oyó un clic que venía de su comunicador.

—¿Desde cuándo un droide puede dar órdenes?

—Desde que lo ha enviado el mismísimo director Krennic —respondió su compañero—. Dicen que Krennic y Tarkin se odian mutuamente, y Krennic ha enviado a K-4D8 para descubrir qué está haciendo Tarkin.

—¿Krennic envió a un droide para vigilar a Tarkin? —preguntó el piloto con asombro—. Eso es un poco ofensivo.

Los pasos se detuvieron en el borde de las cataratas, justo encima de Lina y Milo.

—Esos niños han desaparecido —susurró el piloto—. Quizá lo que se llevó a nuestros hombres se los ha llevado a ellos también. Y nos cogerán a nosotros dos si nos quedamos aquí demasiado tiempo.

—¿Sabes que DZ-372 y DX-491 desaparecieron hace dos días? —dijo su compañero con un escalofrío—. Estuvieron con nosotros desde la academia. Siempre pensé que había una especie de criatura ahí fuera, pero ahora he oído algo acerca de una célula rebelde que está acabando con nosotros uno a uno. Eso explicaría la nave de ahí atrás.

Milo miró a Lina sorprendido. ¿Podría ser? Los sensores del *Mensajero Estelar* no habían encontrado ningún rastro de tecnología que no fuese imperial, pero seguramente los rebeldes habrían encontrado alguna forma de camuflarse. Por primera vez desde que se estrellaron, sintió un rayo de esperanza.

—Sea lo que sea, este planeta me da escalofríos —dijo el piloto—. Vamos a comprobar esas rocas de delante y… ¿Qué ha sido eso?

Milo levantó la cabeza. El miedo en la voz del hombre era inconfundible.

—¿Qué? —preguntó el segundo soldado—. No he visto nada.

—En la niebla —indicó el piloto—. Al otro lado del arroyo. ¡Allí, lo he vuelto a ver!

Milo se estremeció cuando un hilo de piedras cayó hacia su pequeña cueva. ¿Los habían tirado los soldados, o había algo más?

—Lo he visto —afirmó con voz temblorosa el segundo soldado—. Parecía… grande. Más grande que un hombre, seguro.

—Y tenía más brazos —respondió el piloto—. ¿O eran piernas?

—No quiero descubrirlo —dijo su compañero—. Vamos, salgamos de aquí antes de… ¡Oye! ¡Socorro, algo me ha cogido!

Lina agarró a Milo y lo atrajo hacia sí. Morq saltó sobre su regazo, temblando de terror.

—¡Quítamelo de encima! —gritaba el soldado—. ¡Dispárale! ¡Dispárale!

Oyeron el disparo de un bláster, seguido de un fuerte arañazo de algo que se arrastraba por las piedras.

—¡¿Dónde estás?! —gritó el piloto—. No puedo… No. ¡No! ¡Atrás! ¡Atrás, estoy armado!

El bláster disparó de nuevo, dos veces, tres veces. Después se produjo un grito, un golpe y silencio.

CAPÍTULO 4

CAZADOS

—No tenemos elección —insistió Lina—. No podemos quedarnos aquí; enviarán a más hombres. Y no tiene sentido volver al *Mensajero Estelar*. Se han llevado a CR-8R y de todas formas la nave está acabada. Tenemos que seguir moviéndonos.

—Pero ¿hacia dónde? —preguntó Milo—. Por un momento he creído que pudiera haber rebeldes aquí, gente que pudiera ayudarnos. Pero ya lo has oído. Sea lo que sea lo que los ha atacado, no eran rebeldes.

Lina negó con la cabeza.

—No. Pero somos pequeños. Quizá si estamos callados no vendrá a por nosotros.

—Quizá —dijo Milo—. O quizá seremos un postre perfecto para después de su cena.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Lina con frustración—. Tal y como yo lo veo, nuestra única opción es ceñirnos al plan. Llegar al complejo imperial y esperar que no nos encontremos con nada por el camino.

—Podríamos tardar días —dijo Milo—. Ya has visto lo lejos que estaban esas montañas.

—Tardaremos unos días, sí —dijo Lina—. Pero tenemos suficiente comida en mi mochila y sabemos exactamente hacia dónde tenemos que ir. Nos moveremos lentamente y en silencio.

Milo suspiró.

—Vale —dijo—. Pero tú vas primera.

Lina se encogió de hombros.

—De acuerdo. Si yo fuera un monstruo hambriento, primero cogería al de atrás, así el de delante no se daría cuenta.

Milo frunció el ceño.

—Eso no hace nada nada de gracia.

Escalaron las rocas tan silenciosamente como pudieron, dejando atrás las cascadas. Morq colaboró escalando el primero y mostrándoles los mejores puntos de apoyo. Lina se detuvo para acariciar al mono-lagarto bajo la barbilla. A veces podía ser molesto, pero la mascota de Milo no era tan mala. Morq chasqueó el pico, contento, y salió corriendo hacia la niebla.

Cuando llegaron a la cima de una roca, volvió a aparecer con algo en el pico. Era una criatura diminuta, de un color entre gris oscuro y negro, que se movía lentamente. Milo ordenó que lo soltara y Morq obedeció y retrocedió agitando la cola.

Lina se agachó junto a su hermano. La criatura no se parecía a nada que hubieran visto antes: un disco plano del tamaño de la palma de su mano, cubierto de una piel fina.

Parecía no tener brazos ni piernas ni cabeza, pero de repente comenzó a rodar y retorcerse, mientras la piel de su vientre ondulaba.

Milo alargó el brazo para tocar a la criatura. Esta se quedó quieta, y luego comenzó a moverse exactamente al mismo ritmo.

—Sé que suena extraño —susurró sorprendido Milo—, pero creo que es otra seta. Una de esas que se mueven. De hecho, creo que todo el ecosistema de este planeta ha evolucionado del hongo. Por eso no hay árboles ni césped. Sólo setas y liquen y… esto.

Lina miró a su alrededor. Las grandes y anchas cúpulas se extendían sobre ellos, y a través de ellas pudo ver uno de esos tallos en forma de cañones que se alzaba hacia el cielo nublado.

—Lo que se llevó a los soldados —preguntó Lina—, ¿fue una de esas cosas enormes?

Milo se encogió de hombros.

—Se han detectado hongos carnívoros en muchos planetas. Atrapan y consumen organismos microscópicos. Alo mejor éste ha evolucionado para digerir presas más grandes.

—Genial —protestó Lina—. Nos va a comer una seta gigante.

La criatura se acercó a Morq, dudó y después se movió en dirección opuesta.

—Mira, está retrocediendo —dijo Lina—. Como si lo hubiera visto y estuviese huyendo. Pero no parece que tenga ojos.

—Quizá se guía por el olfato —sugirió Milo—. O la piel de la espalda es sensible al calor o la humedad.

—Pues tenemos suerte de estar tan fríos y húmedos —sonrió Lina—. Vamos, sigamos adelante.

Su paso era constante al principio, mientras salían del valle bajo la cubierta de setas. En la cima encontraron un afloramiento rocoso y siguieron en aquella dirección. Las montañas eran sólo una tenue mancha en el horizonte, una línea negra bajo el sol descendiente.

—Dos días —dijo Lina, tapándose los ojos—. Tres como mucho.

Pero al poco tiempo se vio obligada a revisar su estimación. El siguiente valle resultó ser algo más que un simple cañón, tan escarpado y profundo que cuando Milo pateó una piedra hacia el borde, ésta tardó cinco segundos antes de golpear el fondo. La única opción que tenían era rodearlo, siguiendo el barranco que se estrechaba paulatinamente. Al final llegaron a un lugar en el que las paredes eran lo suficientemente bajas para descender, pero para entonces el cielo ya se había oscurecido, sin dejar rastro del sol.

—Acamparemos aquí —dijo Lina al llegar al fondo del cañón—. Tendremos paredes a ambos lados y podremos refugiarnos si llueve.

—Y mira, leña —dijo Milo, cruzando hacia el otro lado. Uno de los grandes hongos había caído en el barranco y había chocado contra una roca, quebrando su parte superior—. Bueno, no leña exactamente. Pero su base es carbónica, en principio debería arder.

—¿Eso es buena idea? —preguntó Lina—. La luz podría atraer a ese… hongo monstruoso.

—Es más probable que lo asustemos —dijo Milo—. Si puede detectar el calor y la humedad, se mantendrá alejado del fuego.

Milo rompió unos cuantos fragmentos y los apiló, mientras Lina usaba su cortador láser para encenderlos. El hongo ardió intensamente, enviando una densa y oscura espiral de humo hacia el exterior del barranco. Pero Lina recibió el calor y el olor que le llegaba con sorprendente alivio.

—Supongo que no… —empezó.

—No —la interrumpió Milo—. Cráter dijo que no deberíamos comer nada y estoy de acuerdo. Muchas especies de setas son venenosas.

—Tienes razón —suspiró Lina—. Es que me gustaría que no oliera como un almuerzo.

Buscó en su mochila, sacó un par de paquetes de racionamiento imperial y le dio uno a Milo. La comida estaba seca e insípida, pero les serviría. Pronto empezó a cabecear, el calor del fuego y su estómago la adormecieron. Colocó su mochila en el suelo y se tumbó con la cabeza apoyada en ella. Entonces oyó la voz de Milo.

—¿Lina? —preguntó su hermano, y le pareció que su voz estaba muy lejos—. Lina, ¿qué está pasando?

Se sentó y miró a su alrededor. El humo era más grueso, y ondeaba hacia ella como oscuras olas. Tosió y se cubrió los ojos. Allí estaba Milo, al otro lado del fuego. Tenía los ojos llorosos y su cara estaba roja. Lina se sentía pesada… lo único que quería era tumbarse.

—¡Milo! —gritó produciendo un eco contra los lados del cañón—. ¿Qué pasa?

El chico se volvió hacia ella, tropezando. Por un momento el humo lo ocultó. Lina se frotó los ojos. De repente, Milo estaba a su lado, agarrándole el brazo.

—He visto algo —dijo Milo con nerviosismo—. En la oscuridad, he visto algo.

—¿La criatura? —preguntó Lina, con el corazón acelerado.

—No lo sé —admitió Milo—. No puedo ver demasiado. Creo que el humo me ha afectado a los ojos. Y me siento muy cansado.

—Yo también —dijo Lina—. Vamos, apartémonos del fuego.

Milo asintió y se dio la vuelta. Pero luego se detuvo de repente, apretando la mano de su hermana.

Había algo en la oscuridad delante de ellos, inmóvil y envuelto en humo. Al principio Lina no pudo distinguir lo que era; era sólo una figura negra más oscura entre las sombras cambiantes. Entonces el humo se aclaró y vio una forma humanoide, con las piernas largas y un tronco coronado por una cabeza abovedada.

—¿Hola? —dijo Milo—. ¿Quién hay ahí?

Otra figura se unió a la primera, más pequeña y menos definida. Junto a él había otra, y otra. Se acercaron silenciosamente, arrastrándose por las rocas como sombras salidas de una pesadilla.

—Atrás —les advirtió Lina.

La primera figura se acercó hacia ella, hacia la luz del fuego, levantando un delgado brazo. Había algo agarrado en su mano, o garra, o lo que fuese: una seta de colores brillantes, con la cabeza roja decorada con pequeños flecos naranjas. La oscura figura la mantuvo en alto, y por un momento Lina tuvo la absurda sensación de que le estaba ofreciendo la seta, como cuando su padre le llevaba flores a su esposa.

Entonces la seta explotó en una nube de gas carmesí. Lina miró hacia abajo, confundida. Una neblina roja rodeó su cabeza y cayó al suelo.

CAPÍTULO 5

AGARIANOS

—¡Auric, Rhyssa, levantaos! —La voz era suave y cercana, y sintió un suave toque en su brazo—. ¡Auric! —repitió la voz—. ¡Rhyssa! ¡Arriba!

Milo gruñó. ¿Por qué alguien estaba pronunciando el nombre de sus padres? Su cabeza estaba nublada, y sus recuerdos no estaban claros. Pero cuando abrió los ojos, las cosas no mejoraron; lo único que podía ver eran unas zonas de niebla y un alto techo de piedra. Había ruido alrededor, un zumbido como proveniente de una enorme bestia respirando en algún lugar de la oscuridad.

Entonces, con un sobresalto, lo recordó todo. El humo en el aire, las figuras alrededor de la fogata. Alargó la mano y sintió a Lina a su lado, que se movía.

—¿Milo? —preguntó adormilada—. ¿Está papá aquí? ¿Qué pasa?

—No lo sé —susurró su hermano mientras se sentaba—. Pero no estamos solos.

Las figuras oscuras estaban de pie, formando un círculo alrededor de ellos, en silencio y atentas. O al menos tan atentas como unas criaturas sin ojos podían estar. Eso fue lo primero que percibió Milo: tenían cabezas, o por lo menos partes en el extremo superior donde sus cuerpos en forma de tubo se hinchaban, con la misma forma que un hongo venenoso. Incluso tenían bocas, ranuras oscuras bajo el inicio de las cabezas. Pero no podía detectar nada en esas criaturas que pudiera ser usado para ver.

Los muros de la cueva estaban salpicados de manchas de hongos luminiscentes, y cuando sus propios ojos se ajustaron a la oscuridad, Milo pudo estudiar a las criaturas más detenidamente. Las diferencias entre ellas eran más numerosas que las similitudes; todas tenían un cuerpo cilindrico con miembros que salían de él, pero el parecido llegaba hasta ahí. Algunos eran humanoides, con dos extremidades arriba y dos abajo. Pero otros parecían tener tres piernas y no tener brazos, o seis piernas como un insecto, o no tener piernas y ocho pequeños brazos dispuestos en círculo. Un espécimen particularmente alto cerca de Milo tenía cuatro brazos que brotaban de lo alto de su cabeza y, en lugar de piernas, tenía un solo tentáculo.

Entonces, uno de ellos dio un paso adelante, y Milo reconoció a la figura humanoide que se acercó a ellos la noche anterior. Se agachó junto a los niños, con la piel pálida y plateada.

—Auric y Rhyssa —dijo con una voz suave que se elevaba por encima del silbido del aire—. Me alegra teneros de vuelta en Agaris.

Lina se sentó.

—¿Por-por qué seguís llamándonos así? —preguntó.

Las criaturas parecían confundidas.

—Pero así nos dijisteis que os llamabais. ¿No os acordáis? Nos contasteis muchas cosas en vuestra última visita, y no puedo recordarlas todas. Pero nunca me olvidaré de vuestros nombres, ¡Auric y Rhyssa Graf!

Su boca se estremeció y, para su sorpresa, Milo sonrió. Ahí estaban, atrapados en una oscura cueva rodeados por el grupo de seres más extraños que había visto nunca y, de alguna manera, la voz de esa criatura y sus formas le hacían sentir… no seguro exactamente, pero no tan aterrado como lo había estado.

—Auric y Rhyssa son nuestros padres —dijo—. ¿Tanto nos parecemos a ellos?

La criatura retrocedió.

—¿Padres? —preguntó—. Así que sois niños. —Echó la vista atrás hacia sus compañeros, que se asintieron y husmearon unos a otros—. Eso lo explica todo. Nos preguntábamos por qué os habíais hecho más pequeños y brillantes.

—¿Brillantes? —preguntó Lina.

—¿Cómo explicarlo? —sopesó la criatura—. Ah, sí. Nosotros somos agarianos, que es el nombre que nos pusieron Auric y Rhyssa. Agariano. Un buen nombre. Los agarianos no tenemos ojos como los humanos. Para nosotros es difícil incluso imaginarlo.

Después de largas conversaciones con vuestra madre, casi llegué a entender el concepto de la vista, pero ahora creo que lo he olvidado. Así que no podemos ver, pero podemos sentir el mundo. Podemos oler y oír. Sentimos el movimiento del aire y el calor que emitís. Y sentimos… ¿cómo lo llamaba Auric? Las vibraciones, sí, las vibraciones que emiten todas las cosas. Es nuestra forma de mirar. Así es como encontramos al par de criaturas que huelen y vibran como Auric y Rhyssa Graf, aunque un poco más pequeños y más llenos de energía. Pensamos que simplemente habían cambiado su forma, como nosotros hacemos a veces.

—Nosotros no podemos cambiar nuestra forma —dijo Milo—. Sólo somos niños. Yo soy Milo y ella es Lina.

Extendió la mano y el agariano hizo lo mismo, extendiendo una extremidad plana cubierta de una hilera de hojas húmedas que descansaron sobre la palma de Milo. De repente se percató.

—Eres una seta —dijo sorprendido—. Todos vosotros ¡sois setas vivientes!

El agariano se echó a reír con un sonido sibilante.

—Es una forma de verlo —sugirió—. Los humanos tenéis animales primitivos. Nosotros evolucionamos, como decís vosotros, de los hongos. Mi nombre es… —E hizo una especie de sonido apagado, como el que a veces producía Morq cuando Milo le acariciaba la barbilla.

De repente, Milo recordó a su mascota. Pero allí estaba, estirado sobre el suelo de piedra y dando patadas en sueños. Tenía sentido: si los agarianos habían utilizado una especie de gas para dejarlos inconscientes, los efectos durarían más para Morq.

Lina intentó pronunciar el nombre del agariano, pero sólo fue capaz de emitir un gemido sin sentido.

—Hhhuuhhhfffffffrrrrrrr —lo intentó Milo, y la criatura asintió impresionada.

—Bien, Milo —dijo—. Ahora un poco más rápido. Hffrr.

—Hffrr —dijo Milo—. Me gusta.

Lina seguía intentándolo, con la mirada llena de frustración.

—A tus padres les pasaba lo mismo —dijo Hffrr sonriendo—. Vuestra madre logró familiarizarse con nuestro idioma en el tiempo que estuvieron aquí, pero vuestro padre decidió que era más fácil enseñarnos el vuestro. Lo que es bueno para nosotros, ¿no?

—¿Cuándo estuvieron aquí? —preguntó Milo—. Tuvo que ser hace mucho tiempo, antes de que naciéramos nosotros.

Hffrr pareció encogerse de hombros.

—Para mí, es como si hubiese sido hace un momento —opinó—. Pero los agarianos medimos el tiempo de forma muy diferente. Decidme, Milo y Lina, ¿dónde están vuestros padres ahora? Me encantaría hablar con ellos.

La cara de Lina se oscureció.

—Son prisioneros. Del Imperio.

Hffrr inclinó la cabeza.

—Ah, qué lástima —dijo—. Pensar en Auric y Rhyssa, tan llenos de vida y conocimientos, en manos de esos monstruos, destructores sin corazón —dijo antes de lanzar un amargo ruido que Milo identificó como una maldición agariana.

—Hemos venido a rescatarlos —explicó Milo—. Pero nos chocamos.

—Decidme —dijo Hffrr—, no entiendo todo sobre vuestra especie pero… ¿los niños humanos no son las criaturas indefensas que deben ser protegidas por sus padres? ¿Cómo habéis llegado tan lejos vosotros dos solos?

Milo y Lina se miraron y se encogieron de hombros.

—Parece que no sois los típicos niños —dijo Hffrr pensativamente.

—Sabemos dónde están —le dijo Lina—. Están capturados en el complejo imperial. Pero no sabemos cómo llegar hasta ellos. ¿Conocéis algún camino? ¿Podéis ayudarnos a llegar?

—No —dijo rotundamente Hffrr—. Eso es imposible.

La cara de Lina se apagó.

—Sé que el Imperio tiene armas, y tenéis miedo de enfrentaros a ellos pero…

—No tenemos miedo —dijo Hffrr—. Pero no podemos llevaros al complejo. Hay una fuente de energía oculta en el interior de ese lugar. Fue instalada por los mineros, y es la única razón por la que no hemos acabado con ellos como tendríamos que haber hecho, antes de que su descubrimiento entregara el cuadamio al Imperio. Ese generador da energía al complejo, las taladradoras, las luces, los sistemas de refrigeración, todo. No podemos acercarnos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lina—. ¿Por qué es tan terrible?

—El simple hecho de acercarnos al recinto nos resulta enfermizo. Las vibraciones energéticas son tan fuertes que nuestros sentidos se confunden; nos provoca una especie de locura. No hay forma de luchar contra eso. Es tan fuerte que incluso el propio aire es nuestro enemigo. —Hffrr negó con la cabeza—. Es un problema, porque nuestros esfuerzos por luchar contra el Imperio nos han dejado en una posición complicada. Esta cueva se está quedando sin espacio.

Levantó un brazo y un chorro de gas verde salió despedido de su muñeca, en dirección al interior de la cueva. Por todos lados la niebla se fue despejando, convirtiéndose en finas gotas que se aferraban a las paredes de la cueva. Las costuras de liquen verde se iban haciendo visibles, iluminándolo todo con un resplandor fantasmal.

Cuando la niebla se disipó, Milo pudo apreciar otras figuras, desperdigadas en el suelo de la cueva. Podía ver un brazo aquí, una bota allí. Un torso blanco, un casco mohoso. ¡Soldados de asalto! Pero todos estaban inmóviles, tumbados en el suelo cubierto de moho de la caverna. Oyó aquel repentino ruido de nuevo, y se dio cuenta de que era el sonido de cien hombres respirando al unísono, siseando y roncando en sueños.

—Los mantenemos aquí —explicó Hffrr—. No sabemos qué más hacer.

Milo vio que una de las figuras se movía y se acercó para mirarlo más de cerca. Un pequeño rizo verde serpenteaba bajo el casco del soldado.

—Los mantenemos alimentados —dijo Hffrr—. Pero no podemos devolverlos, volverían con una patrulla al día siguiente. Aun así, no podemos dejarlos aquí para siempre. Teníamos la esperanza de que al perder tantos soldados podríamos asustar al Imperio, convencerlos de que Agaris no vale la pena.

Lina resopló.

—Está claro que no tenéis mucha experiencia con el Imperio.

Hffrr negó con la cabeza.

—Son nuevos para nosotros. Pero ya hemos negociado con invasores antes, y sobrevivimos.

—¿Han venido otros? —preguntó Milo, bostezando. Los efectos del gas no habían desaparecido del todo.

—Es una larga historia —dijo Híffrr—, y perdóname, pero tenéis cara de estar muy cansados. Deberíais dormir. Mañana os llevaré tan cerca como pueda del complejo imperial, y probablemente seréis capaces de encontrar la forma de entrar.

—Es un largo camino —afirmó Milo—. ¿Cuántos días tardaremos en llegar?

—Conozco una ruta más rápida —prometió el agariano—. Creo que os gustará. Pero de momento, dormid.

Les mostró un dormitorio en la pared, cubierto por una cama de grueso musgo. Milo entró y siguió bostezando. Lina se dio la vuelta.

—Si encontramos una forma de entrar —sugirió—. Si desactivamos ese generador, podríais ayudarnos a encontrar a nuestros padres, ¿no? No tenéis por qué tener miedo al complejo.

Hffrr asintió.

—Podría ser posible —corroboró—. Aunque muchos de mis compañeros estarían en contra. Siempre hemos intentado evitar la violencia.

—Lo entiendo —dijo Lina—. Pero si queréis salvar vuestro planeta, no tenéis otra opción.

CAPÍTULO 6

LA ESPORA

Cuando se despertaron, una luz pálida se filtraba hasta el interior de la caverna por entre las rendijas del techo rocoso. Los soldados de asalto encerrados seguían tumbados bajo una capa de niebla, con su respiración ronca como único signo de vida. Lina se sentó junto a Milo, frotándose los ojos con una mano sucia.

—Guau —dijo—. Así que no ha sido un sueño.

Milo sonrió.

—Me temo que no.

—Pero estamos bien, ¿no crees?

—Definitivamente —asintió Milo—. Y vamos a ver a mamá y a papá hoy. Lo sé.

Mientras se sentaba en el borde de la cama, una pequeña figura salió de la oscuridad y saltó sobre su regazo. Morq tenía los ojos brillantes y completamente abiertos y agitaba su cola mientras acariciaba el vientre de Milo con su pico. El niño acarició la cabeza del pequeño mono-lagarto, alimentándolo con restos de su paquete de racionamiento. Morq tosió y los escupió de vuelta.

Hffrr apareció poco después, caminando por la cueva. Milo no pudo evitar fijarse en que las piernas del agariano eran más largas que la noche anterior, y la cabeza un poco más humana.

—Vamos, Milo; vamos, Lina —dijo Hffrr alegremente—. Tenemos un largo camino por delante.

Los llevó por senderos serpenteantes a través de cuevas, pasando de espacios del tamaño de un hangar a minúsculos túneles donde incluso Milo tenía que agacharse. El sistema subterráneo estaba lleno de agarianos de todas las formas y de todos los tamaños. Milo vio un montón de cuerpos tan grandes como los enormes hutts grises, que usaban sus brazos y tentáculos para arrastrarse. Otros apenas alcanzaban las rodillas de Milo, y corrían a través de los túneles mientras hablaban en grupo. Al principio pensaba que eran niños, hasta que Hffrr los llevó a través de una cueva guardería donde unos pequeños agarianos grises daban vueltas por el suelo, balbuceando y riendo alegremente.

—Esto es un sistema único, ¿verdad? —preguntó Milo—. Tu gente, los enormes tallos, las setas planas en la superficie, incluso el moho de la cueva. Está todo conectado.

—Es lo mismo que en cualquier planeta —afirmó Hffrr—. Cada planeta es un sistema sellado, cada parte depende del resto de las partes. Pero tienes razón, en Agaris las conexiones son… más cercanas. —Inclinó la cabeza, señalando bajo el borde de su cabeza, y Milo vio unos diminutos hongos coloridos pegados a su piel gris. Más abajo, vio algunos más en su espalda, como si parches de hongos cubrieran su tronco y sus piernas.

—¿Se alimentan de ti? —preguntó Milo.

—Son parte de mí —le dijo Hffrr—. Estos resuenan en una frecuencia distinta y me permiten percibir toda una gama de sonidos. El musgo de mi espalda me enfría e impide que me seque. A cambio, les permito entrar en contacto con la luz del sol y recoger nutrientes del aire mientras me muevo.

—También puedes cambiar de forma, ¿verdad? —preguntó Milo.

—Sí —admitió Hffrr—. Nuestra forma básica sigue siendo la misma, un cuerpo, algo que vosotros llamaríais «cabeza», pero podemos alterar nuestra altura y nuestro número de extremidades.

—Esta noche has cambiado —dijo Lina—. Ahora te pareces más a una persona.

—Eso es cierto —respondió Hffrr—. Adonde vamos, necesito que confiéis en mí.

Subieron por un último túnel empinado y salieron junto a una escarpada colina rodeada por un montón de ramas. El sol estaba en lo alto, pero Millo no podía verlo a través de las nubes. Lina se cubrió los ojos para mirar las distantes montañas.

—Pensaba que nos llevabas al complejo —opinó con sospecha—. Pero parece que estemos más lejos. Mira, ahí está nuestra nave. —Señaló con el dedo un fino rastro de humo en el horizonte.

—Dije que iríamos al complejo —añadió Hffrr—. No dije que llegaríamos caminando. Vamos.

Los llevó a la cresta de la colina, donde el bosque de setas se convertía en un pedregoso claro. En el centro se erguía una vasta figura cilíndrica que llegaba hasta el cielo. Milo la reconoció de inmediato.

—Esa cosa es la que nos derribó —dijo—. ¡Estuvo a punto de matarnos!

Hffrr asintió.

—Fue desafortunado —indicó—. Los tallos tienen un… instinto propio, y les encanta disparar a las naves imperiales. ¿Cómo iban a saberlo?

Milo contempló la enorme torre que se elevaba hacia el cielo, casi perdiéndose en las nubes. El tallo se inclinó, con sus correosas raíces en el interior del suelo. Hffrr se acercó y colocó las dos palmas de las manos sobre él. Bajo sus manos sin dedos, el tallo se onduló suavemente, reaccionando al contacto. Hffrr dio un paso atrás mientras una parte del tronco del tallo se abría para mostrar un oscuro pasadizo.

Les hizo una señal.

—Por aquí.

—No, no —negó Lina con firmeza—. De ninguna manera me voy a meter ahí.

—Pues deberías —insistió Hffrr—. La única alternativa es caminar durante tres días. No sabemos lo que les puede pasar a vuestros padres en ese tiempo.

—Tiene razón, hermanita —dijo Milo—. No tenemos otra opción.

El niño se agachó para entrar por la abertura. Las paredes interiores eran frías y húmedas, pero podía sentir cómo la vida latía en ellas. Morq saltó para instalarse en su hombro, temblando.

De repente las paredes desaparecieron y los niños se encontraron de pie en un espacio cerrado, rodeados de una suave piel roja. La cámara doblaba el tamaño de Milo y parecía una esfera perfecta. Desde la base de dicha esfera brotaba un cilindro dorado cubierto de ramas irregulares. Hffrr hizo un gesto hacia él.

—Agárralo del centro, Milo —dijo—. Y tú también, Lina. Agárrate fuerte.

—¿Por qué? —preguntó Lina preocupada—. ¿Qué va a pasar?

Milo miró hacia el techo y tragó saliva.

—Creo que… —sugirió cuando consiguió hablar—. Creo que estamos dentro de…

—No —dijo Lina, volviéndose hacia él—. No, no podemos… —Pero la entrada ya estaba sellada tras ellos; las paredes de la esfera estaban cerradas a la perfección.

Milo se subió a una de las ramas que salían de la estructura central, y la envolvió con sus brazos. Era suave pero sólida a la vez, y la rama que tenía debajo parecía igualmente segura. Sin embargo, sintió el miedo en la garganta cuando la esfera empezó a elevarse, lentamente al principio, pero progresivamente más rápido. Milo pensó que era como estar en un turboascensor, sólo que no había ningún botón para hacerlo parar, ni un último piso. Seguían subiendo, más y más rápido, hasta que Lina soltó un grito y Morq se unió a ella, chillando aterrorizado mientras salían disparados por el tallo.

Entonces sonó un fuerte estallido y comenzaron a volar. El viento rugía y el color rojo de las paredes del cilindro se volvió más pálido. La espora dibujó un gran arco en el aire.

—¡¿Puedes controlarlo?! —gritó Lina a Hífrr—. ¿O lo único que podemos hacer es rezar para que no pase nada?

Hffrr agarró la rama central, deslizando su palma por la superficie. Milo sintió que la esfera se movía sutilmente, cambiando su dirección.

—¿Cómo funciona? —preguntó Lina.

—Pequeñas aletas en la capa exterior —explicó Hffrr—. Se abren o se cierran, dirigiendo el flujo de aire.

—¿Cómo ves hacia dónde vamos? —preguntó Milo— ¿O es mejor que no lo sepamos?

Hífrr sonrió, y Milo sintió una sacudida al llegar al punto más alto del arco. Por un momento quedaron suspendidos en el aire, pero se mantuvieron sujetos a las ramas. Después hubo un crujido, un desgarro y la cámara se iluminó.

Milo gritó cuando las paredes de la espora se alejaron, expulsadas por el mismo viento que les removía el pelo y la ropa. Algo apareció en espiral desde el centro: un zarcillo que se elevaba con la brisa. Pero a medida que se alargaba, comenzaba a deshilacharse, ensanchándose hasta convertirse en una especie de vela. La atadura se tensó y la espora comenzó a descender.

Milo sintió su corazón latir a toda velocidad, agarró el centro de la espora con más fuerza e intentó no mirar hacia abajo. Las nubes estaban muy por debajo de ellos y el sol era un ardiente círculo sobre la curvatura del planeta.

Lina se echó a reír, con las mejillas sonrojadas. Alcanzó la mano de Milo, cogiéndola con fuerza. Él intentó devolverle la sonrisa, pero le dolía el estómago y la cabeza le daba vueltas. Morq se introdujo en la chaqueta de Milo, temblando contra su pecho. Apretó los dientes y se acurrucó contra su dueño.

—Allí —dijo Hffrr, apuntando con el dedo.

En el horizonte, las montañas irrumpían entre las nubes como una hilera de dientes afilados. La vela cambió de dirección y des-vn cendieron impulsados por las corrientes de aire.

—¿Puedo probarlo? —preguntó Lina colocando sus manos en el centro.

Hffrr asintió.

—Sé amable. Sentirás que te responde.

La vela se sacudió y la espora se estremeció.

—¿Estás segura de que es una buena idea? —preguntó Milo.

—No seas tonto —dijo Lina a la defensiva—. Puedo hacer volar cualquier cosa.

—Puedes estrellar cualquier cosa —murmuró.

Ahora estaban descendiendo más deprisa, y parecía que las nubes los engulleran. Durante un largo periodo de tiempo no pudieron ver nada, sólo remolinos grises. Milo se estremeció, sintiendo como la condensación se acumulaba en su piel. Entonces se abrieron camino y la superficie de Agaris se hizo visible.

—Lo veo —dijo Lina, señalando algo—. ¡Mira!

Milo siguió su dedo. Allí, a un lado de la montaña más cercana, vio el contorno del complejo imperial: una estructura de piedra inclinada dotada de antenas y torretas de defensa. En su base había un patio repleto de formas oscuras de hombres y máquinas.

Hffrr soltó un grito, abrazándose al tronco central.

—¿Qué pasa? —preguntó Lina.

HfFrr apuntó con la cabeza. En los alrededores del complejo habían despejado el bosque, talándolo todo en todas direcciones. Milo pudo ver soldados en el perímetro y el humo que se elevaba cuando destruían la maleza.

El paracaídas se retorció y la espora empezó a inclinarse, pero el giro sólo fue superficial. Hffrr se apretó la cabeza por el dolor.

—Estamos demasiado cerca —dijo—. He sido descuidado, nos he traído demasiado cerca. Pensaba que podríamos acercarnos desde el bosque, pero no sabía que habían conseguido llegar tan lejos.

En el claro, Milo pudo ver las formas quemadas de las setas gigantes, que estaban siendo arrastradas por la maquinaria imperial.

—Tenemos que saltar —dijo Hffrr—. Nos cogerán.

Lina miró hacia abajo.

—No todos somos tan elásticos como tú —comentó—. Tenemos huesos, y se rompen.

Hffrr se cubrió la cabeza desesperado.

—Estamos demasiado cerca —repitió—. No puedo… el dolor… es demasiado. No puedo…

Lina le agarró la mano.

—Vete —dijo—. Ya encontraremos la forma de entrar y apagaremos ese generador. Entonces podrás venir a rescatarnos, ¿vale?

Hffrr asintió.

—Lo siento.

Lina le soltó la mano y retrocedió. Milo vio cómo Hffrr caía en picado hacia el suelo, girando al descender. Aterrizó con las piernas abiertas sobre la parte superior de una seta y se desvaneció entre la maleza.

El niño levantó la vista. La espora se deslizó lentamente, acercándolos al claro, el complejo y la captura.

CAPÍTULO 7

EL PLAN

Rhyssa miró con horror la cabeza que había sobre el escritorio. No había luz en esos ojos metálicos.

—Cráter —dijo, agarrando el brazo de Auric—. No.

Tarkin sonrió levemente.

—Pedisteis una prueba. Aquí la tenéis. Auric se incorporó.

—¿Y los niños?

—Están a salvo —respondió Tarkin—. Y lo seguirán estando. Vosotros, en cambio… Rhyssa asintió.

—Todo lo que necesitas está en la cabeza de Cráter.

—Precisamente —dijo Tarkin—. Los mapas del Espacio Salvaje, todas vuestras notas de vuestro anterior viaje a Agaris… Admito que fue una lectura fascinante. Esos agarianos, apenas puedo creerme que existan. Hongos sensibles. Tendrán que ser eliminados, por supuesto. A menos que estén dispuestos a trabajar en nuestras minas.

—Jamás —le dijo Auric—. Son demasiado orgullosos.

Tarkin asintió.

—Ya lo imaginaba. Bueno, eso no será de ayuda. Trabajarán, o morirán.

Levantó la cabeza de CR-8R, y la hizo girar en sus manos. Entonces cruzó la habitación, abrió una compuerta en la pared y la lanzó al interior. Rhyssa oyó el repiqueteo de la cabeza del droide que se perdía por el conducto de la basura.

—Llévanos hasta nuestros hijos —suplicó, dando un paso hacia Tarkin—. Ya no hay ninguna razón para mantenerlos separados de nosotros.

No se volvió.

—Es imposible —dijo—. Si hubieseis aceptado mis términos, si me hubierais dicho todo lo que quería saber, entonces quizá… Pero debe haber castigos por desafiar al Imperio, seguro que lo entendéis. No volveréis a ver a vuestros hijos.

Hizo un gesto y un par de oficiales uniformados entraron en la habitación para apresar a Auric y a Rhyssa. Éstos intentaron resistirse, pero los hombres eran demasiado fuertes y los llevaron hasta la puerta.

—¡Por favor! —gritó Auric—. Sea lo que sea lo que vais a hacer, dejadnos verlos.

—No —respondió Tarkin rotundamente, y las puertas se cerraron.

Los empujaron por el pasillo y bajaron una escalera. Todo había terminado; Rhyssa lo sabía. Se preguntó si Tarkin iría en persona a ver cómo los ejecutaban. De alguna manera, lo dudaba.

Buscó en su chaqueta y sus dedos se envolvieron alrededor del tallo que tenía escondido. Llegaron a la base de la escalera y pasaron por la puerta del hangar. El ruido de la maquinaria resonó en su interior, y oyó el sonido de algunas voces.

Luego dejaron atrás el sonido y siguieron por el pasillo mal iluminado. El oficial que iba detrás de Rhyssa le dio un empujón y ella se tambaleó hacia delante. Ésa sería su mejor oportunidad.

En un solo movimiento se volvió, sacó el tallo de su chaqueta y apuntó hacia los dos asustados oficiales. La parte superior era tan amplia como la palma de su mano, de un color rojo sangre.

Los guardias se detuvieron de golpe, con los blásters envainados. Auric estaba inmóvil, mirándola con temor.

Los oficiales miraron la seta que tenía en la mano. Uno de ellos resopló.

—Mira, tiene una seta —dijo, burlándose.

—Qué miedo —se rio su compañero, haciendo gestos con el bláster—. Basta de bromas. Moveos.

Rhyssa se cubrió la cara con la manga y la cabeza de la seta explotó y soltó un gas carmesí. Los oficiales seguían riendo cuando impactaron contra el suelo, con las sonrisas congeladas en sus rostros inconscientes.

Rhyssa se agachó, cogió un bláster y le dio el otro a Auric. Él lo cogió, mirando por encima de su manga.

—Podrías haberme avisado de que ibas a hacer eso.

—Era nuestra mejor oportunidad —respondió—. Si hubiésemos llegado a la celda, nunca hubiéramos salido con vida.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Auric mientras el gas rojo se disipaba—. Tienen a Milo y a Lina, ¿recuerdas? No podemos abandonarlos aquí.

Rhyssa negó con la cabeza.

—Sigo sin creérmelo. Nos habrían dejado verlos, sé que no habría resistido la tentación.

—¿Y qué pasa con Cráter? —protestó Auric—. ¿Cómo han podido encontrarlo sin encontrar a Milo y Lina?

—Se me ocurren miles de formas —dijo Rhyssa—. Podrían haberse separado. Cráter podría haberse sacrificado para salvarlos. E incluso si estuvieran aquí, no tenemos ninguna forma de encontrarlos. Este complejo es enorme. Necesitamos ayuda.

—Los agarianos —reaccionó Auric—. Tenemos que encontrar a Hffrr.

—Tenemos que advertirle —dijo Rhyssa—. El Imperio lo sabe todo sobre su gente, y ahora irán tras ellos.

Auric frunció los labios.

—Vale —dijo—. ¿Cuál es el plan?

Rhyssa frunció el ceño.

—Eso es todo lo que tengo —admitió—. A partir de aquí, lo único que tenemos que hacer es improvisar.

Regresaron al hangar, echando un vistazo a través de la puerta arqueada. Rhyssa contó cinco soldados de asalto y tres oficiales uniformados en el interior, más un enorme droide negro que parecía estar dando órdenes. Rhyssa hizo un gesto a su marido señalando una pila de cajas junto a la puerta y se ocultaron agachándose tras ellas.

—Hemos revisado la zona a fondo —dijo uno de los soldados—. Si había algún rebelde en esa nave, ha desaparecido, junto a doce de mis hombres.

—Muy bien —respondió el droide negro—. Informaré al gobernador. Reúna sus unidades.

Se dirigió hacia la puerta y Rhyssa se agachó aún más, con el corazón latiendo con fuerza.

De repente, una alarma sonó por encima de todo el estruendo. El droide se detuvo y se volvió. Sacó un largo rifle de asalto de su espalda y comenzó a correr hacia la puerta del hangar, donde la enorme caverna se abría al patio de piedra.

—Conmigo —ordenó el droide, y Rhyssa vio que los hombres obedecían rápidamente, siguiendo a aquella alta figura negra hacia la luz del día.

—Bueno, eso nos ha venido bien —susurró, poniéndose de pie—. Vayámonos mientras estén distraídos.

Corrieron hacia el caza TIE más cercano. Sobre ellos se alzaba la escotilla, desde la que se extendía una escalera que provenía del cuerpo esférico del caza.

—¿Sabes pilotar uno de éstos? —preguntó Auric cuando Rhyssa comenzó a subir a la nave.

—Puedo hacer volar cualquier cosa —dijo por encima de su hombro.

Auric negó con la cabeza y empezó a subir. Desde el patio delantero se podían oír gritos y pasos. Fuera lo que fuese lo que estuviera pasando ahí fuera, les había salvado.

Pero entonces sus sentidos captaron otro sonido, y se quedó helado. Era un grito agudo, de naturaleza claramente animal, y extrañamente familiar. Por un momento, se quedó confuso. No había monos-lagarto en Agaris.

¿Por qué el Imperio había traído uno con ellos?

Una diminuta figura entró en su campo de visión, deslizándose por el liso suelo de piedra del hangar. Un par de soldados corrían tras ella, disparando indiscriminadamente. El mono-lagarto se agachó tras un contenedor abierto, mirando a un lado y a otro, aterrorizado. Luego levantó la cabeza, olfateó el aire y miró fijamente a Auric.

La criatura salió de su escondite y corrió directo hacia ellos.

—No —susurró Auric mientras le hacía señales con las manos desesperadamente—. Morq, ¡no!

Pero ya era demasiado tarde. Los soldados los vieron y alzaron sus blásters.

—¡Eh! —ladró uno de ellos—. ¡Bajad de ahí!

Auric alzó la mirada y vio a Rhyssa en lo alto de la escalera. Pero ella no lo estaba mirando a él, ni a Morq, ni siquiera a los soldados. Tenía la vista fija en el patio, donde una multitud de figuras se acercaba, liderada por el droide negro. Auric pudo ver a cuatro soldados de asalto y tres oficiales con uniforme verde. Y, en el centro, un par de prisioneros, cabizbajos y con las manos atadas.

—¡Lina! —gritó Rhyssa haciendo que su voz rebotara contra el alto techo del hangar—. ¡Milo! ¡Estamos aquí!

Los prisioneros levantaron sus cabezas, y Auric estuvo a punto de caerse de la escalera por la sorpresa.

En las horas siguientes, Lina apenas podía recordar cómo se deshizo de los hombres que la rodeaban. Lo único que recordaba eran los gritos tras ella, y la mirada de su padre mientras corría hacia él a través del hangar. Y, sobre todo, la alegría en su corazón.

Auric saltó de la escalera, incrédulo, para abrazar con fuerza a su hija. Rhyssa bajó mientras Milo se les unía, llorando al hundirse entre los brazos de su madre. Auric extendió los suyos para rodearlos a todos. Se acurrucaron, sollozando y riendo, e ignorando al gran droide negro que les decía que se separaran, se alinearan y obedecieran las órdenes. Durante ese breve momento, el Imperio se encontraba a millones de años luz de distancia.

Lina oyó como los hombres les exigían atención, y el aire a su alrededor se volvía más frío. Auric se apartó, manteniendo una mano sobre el hombro de su hijo mientras se volvía hacia la figura de pelo gris que se dirigía hacia ellos. Lina y Milo se secaron los ojos, todavía cogiéndose las manos.

—Bueno, qué emotivo —dijo el hombre, mirándolos con ojos también grises—. La familia Graf, unida al fin.

Rhyssa atrajo a sus hijos hacia ella.

—Nunca los apresaste, Tarkin —dijo—. Nos has estado engañando todo este tiempo. El gobernador inclinó la cabeza.

—Cierto —admitió—. Pero nada de eso importa ahora, ¿no? Y al final, lo habéis entendido. No podéis escapar de las garras del Imperio.

—Ya lo hemos hecho. Como unas… cuatro veces —dijo Lina, alzando la barbilla—. Una más no debería ser tan difícil.

Tarkin bajó la mirada con disgusto, como si hubiese visto una mancha en su bota.

—Ya no os enfrentaréis a un incompetente como el capitán Korda. Y esta vez no tendréis a ningún amigo rebelde que os ayude. Sí, sé dónde os habéis estado escondiendo. Y me vais a contar todo lo que sabéis: el nombre de cada espía rebelde y la localización de cada refugio.

—Olvídalo —dijo Lina, ignorando la mano de su padre, que la advertía apretándole el brazo—. No vamos a decir nada.

—Ya veremos —espetó Tarkin—. Tenéis suerte de haber llegado justo a tiempo. Vuestros padres todavía conservan sus ojos y sus brazos. Sus corazones continúan latiendo. No tiene por qué ser siempre así. —Sonrió tímidamente—. Descansad esta noche. Mañana me lo contaréis todo.

Y se alejó, seguido por el droide negro. Lina sintió que sus manos le temblaban mientras uno de los soldados la cogía de las muñecas y se las llevaba a la espalda.

—¡Por aquí! —gritó, empujándola hacia delante. Pero incluso mientras la arrastraban, incluso mientras la llevaban por un pequeño y oscuro pasillo, se sentía como si flotara en el aire.

Miró hacia atrás y vio a sus padres tras de sí, junto aun soldado que hacía señales con su bláster. Milo dio unos cuantos pasos hacia delante, conducido por un gran soldado con un bastón de aturdimiento pegado a la cintura. Pero cuando captó los ojos de Lina, una sonrisa apareció en su cara. Habían pasado por muchas cosas. Habían sido perseguidos y capturados, encarcelados y golpeados, les habían disparado desde tierra y desde el cielo, y habían sobrevivido. Todavía seguían de una pieza, y habían conseguido todo lo que se habían propuesto.

—Limpia esa sonrisa de tu cara —gruñó el soldado—, o te la limpio yo.

Pero, por mucho que lo intentara, Lina no podía parar de sonreír.

CAPÍTULO 8

CARNE Y METAL

El olor lo estaba volviendo loco. Tenía que venir de alguna de aquellas puertas. Pero ¿de cuál? Cada vez que intentaba echar un vistazo al interior del acero, se le cerraba en la cara, o un humano con enormes botas salía y estaba a punto de pisarlo. Uno lo había visto y había intentado darle caza, pero él había conseguido escalar un muro de roca y esconderse en un diminuto túnel lleno de aire fresco y ecos.

No sabía dónde habían ido, su chico y su chica. Tenía recuerdos vagos de un hombre vestido de blanco disparando contra él, y un rostro amistoso que recordaba de un pasado muy lejano. Había huido del pánico, zambulléndose en la oscuridad, ansioso por escapar del ruido y las explosiones. Pero ahora estaba perdido y hambriento y solo.

Una puerta al final del pasillo se abrió, emitiendo una ráfaga de vapor. Morq empezó a salivar; el olor era tan fuerte… tenía que venir de allí. Se acercó más, atento a cualquier señal de los hombres de blanco y sus grandes botas. Se encorvó en las sombras, esperando, y en el momento en el que la puerta se movió, él también lo hizo.

Morq entró corriendo, esquivó los pies y pasó bajo una mesa. La habitación era grande, caliente y brillante, pero parecía que sólo había un hombre en su interior, uno grande con manchas en el abrigo. Estaba removiendo algo en una sartén, algo delicioso y carnoso.

El mono-lagarto sacudió la cabeza. El hambre lo estaba atontando. Acercarse al hombre era demasiado arriesgado, pero tenía que conseguir comida. Se escondía saltando de una sombra a otra, quedándose quieto en cuanto percibía algún movimiento. Entonces se percató de que no tenía sentido permanecer ahí abajo. Los humanos nunca dejaban su comida en el suelo, a menos que se la estuvieran ofreciendo. Tenía que subir más arriba.

Escaló una repisa, usando sus garras para impulsarse. Desde allí sólo le bastó un salto para llegar a la encimera, un salto corto y rápido. La superficie era lisa y resbaladiza, así que el aterrizaje fue de todo menos elegante. Pero tuvo su recompensa: un plato de carne recién cocinada, esperando su llegada.

Morq miró alrededor con cautela. El hombre grande seguía moviéndose, dándole la espalda.

El mono-lagarto se lanzó hacia delante y agarró un trozo de carne, engulléndolo. Su sabor fue incluso demasiado fuerte; después de las secas raciones esto era un lujo inimaginable. Se comió otro trozo, y otro más.

Estaba a punto de empezar con el cuarto cuando una mano lo agarró de la cola. Morq se dio la vuelta, maldiciendo su propia estupidez.

El enorme hombre lo tenía cogido con su gran puño. Y ahora el otro puño descendía, con un cuchillo afilado que se balanceaba en dirección a la cabeza de Morq. Soltó un

grito y se volvió, hundiendo el pico en la mano del hombre, que gimió enfadado y dejó caer el cuchillo sobre la encimera.

Morq se liberó, saltó de la mesa y corrió hacia la puerta. Pero entonces, el desastre: había alguien en la puerta, caminando con unas bandejas de metal. El recién llegado los vio y gritó, y entonces soltó las bandejas, con lo que provocó un gran estrépito. El mono-lagarto retrocedió, buscando desesperadamente otra salida. Allí, en lo alto de la pared, había una escotilla abierta. Tendría que saltar mucho, pero podía hacerlo.

Se agachó, listo para saltar. Por un lado, el hombre grande se acercaba alzando el cuchillo de carnicero. Por el otro, el recién llegado corría hacia él, con las manos extendidas. Morq saltó, haciendo tanta fuerza como pudo con sus piernas.

Impacto contra la pared e intentó escalarla desesperadamente con sus garras. Por un momento pensó que había fallado, que iba a caer al suelo y lo iban a cortar en pedazos. Pero sintió como sus grandes garras se aferraban, los músculos de sus brazos se tensaban mientras subía más y más en dirección a la compuerta.

Estuvo cayendo durante un tiempo, golpeando a un lado y otro hasta topar contra algo caliente, pegajoso y sucio. El olor era insoportable: alimentos y líquidos podridos, todos procedentes de la fangosa piscina en la que se había caído. Pero había algunas zonas secas en la orilla, un montón de chatarra y partes de maquinaria hacia las que remó, arrastrándose para salir.

Una vez fuera, se agachó para observar lo que lo rodeaba. Por allí no estaba su chico; de hecho, no había señales de vida alguna, ni siquiera una buena rata sabrosa. Pero algo producía un sonido: podía oír que rebotaba por las paredes y el techo de piedra. Era un sonido familiar; no era humano, pero lo conocía.

Estaba llamándolo por su nombre. Morq dio vueltas, confundido. No podía ver a nadie, sólo había un extraño objeto abovedado con enormes ojos. Se le acercó, y fue entonces cuando lo reconoció.

De alguna manera, la cabeza del Hombre Flotante se había separado del resto de su cuerpo, un accidente que hubiese matado a Morq, pero el Hombre Flotante había sobrevivido. Hablaba con mucha insistencia, y parecía que quería algo, pero Morq sólo reconocía el tono, no las palabras. Entonces, el Hombre Flotante pronunció una palabra que el pequeño mono-lagarto reconoció: «Busca».

Morq miró a su alrededor neguitoso. ¿Qué es lo que el Hombre Flotante podría querer de entre toda esta basura? No tenía forma de explicarse, sólo era una cabeza, así que Morq tendría que resolverlo sin ayuda.

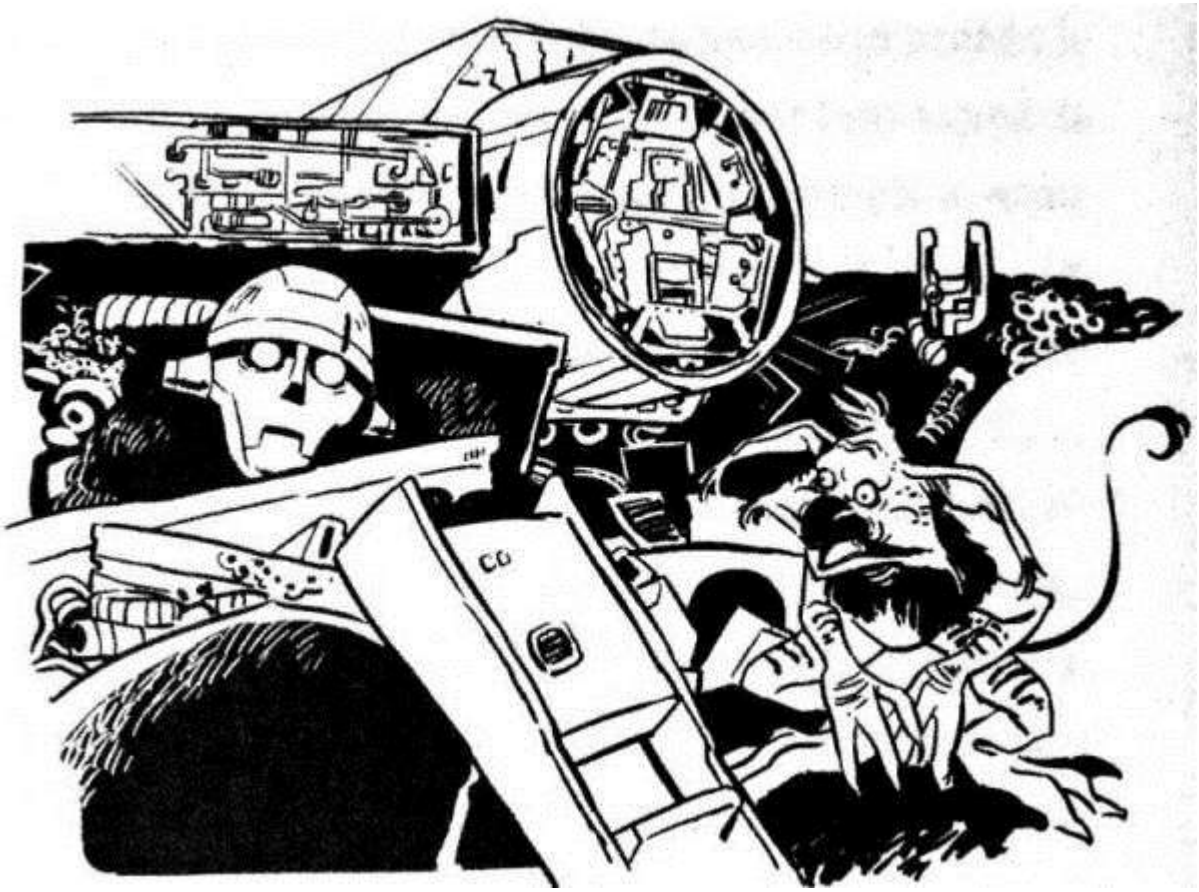
Probablemente sería algo de metal, porque el Hombre Flotante era de metal. ¿Tal vez tenía hambre? No, nunca lo había visto comer. ¿Qué más podría necesitar el Hombre Flotante? ¿Qué le faltaba?

Entonces lo vio. En lo alto de la chatarra, un disco plano con cinco extremidades extendidas. Morq saltó hacia el objeto y lo agarró con su pico por el dedo más largo.

Tras él, podía oír que el Hombre Flotante seguía hablando.

—¡Sí, Morq! —estaba diciendo—. ¡Bien, Morq! ¡Bien!

Morq sintió un cálido orgullo en su interior y siguió trabajando.



Milo se despertó por el sonido de unas voces; miró hacia arriba y vio al droide negro que se alzaba en la entrada de la puerta de la celda. Rhyssa y Auric esperaban vigilados en el pasillo, con las manos atadas. Lina se sentó, frotándose los ojos.

—Moveos —ordenó K-4D8—. El gobernador quiere veros.

—¿Y qué pasa si nosotros no queremos verlo? —preguntó Lina.

El droide se volvió hacia Rhyssa, levantando su pesado rifle de asalto. Lina se puso en pie de un salto.

—Ya vamos —dijo—. No lo hagas. Por favor.

Milo corrió junto a su madre, incapaz de abrazarla por culpa de las esposas que tenía en las muñecas. Ella se agachó para acariciarle la nariz.

—¿Has podido dormir? —susurró.

Milo negó con la cabeza.

—No mucho. Me siento tenso por no sé qué razón.

Rhyssa se echó a reír.

—Silencio —espetó K-4D8—. Nada de intimar.

Marcharon por el pasillo en parejas: Milo y su madre seguidos por Lina y su padre y, en la retaguardia, los dos soldados de asalto. El túnel se dividió y tomaron el camino de la

izquierda; se sumergieron en un húmedo pasillo con luces parpadeantes que colgaban del techo.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Auric—. Este no es el camino a la habitación del gobernador.

—No vamos a su cuarto —replicó K-4D8, agachándose para esquivar un montón de liquen que colgaba del techo de piedra—. Asqueroso planeta —murmuró—. Tanta… vida.

Mirando a su alrededor, Milo vio manchas de hongos en los muros del túnel, parecidas a las cosas que crecían en la espalda de HíFrr. Se preguntó dónde estaría el agariano. ¿Estaría allí fuera, preparando un plan para rescatarlos? ¿O habría vuelto alas cuevas, abandonándolos a merced del destino?

Parpadeó varias veces. Por un brevísimo instante le pareció ver al hongo moviéndose, una rápida sombra que cruzó la luz. Había un extraño zumbido en el aire.

K-4D8 se detuvo y se dio la vuelta. Los soldados alzaron los blásters. El sonido se intensificó, era un constante zumbido palpitante que provenía de las paredes del túnel. De nuevo, Milo pensó que parecía que el hongo se retorciera, como las algas en la superficie del mar.

Entonces de repente el ruido cambió de tonalidad, y pudo oír las palabras que pronunciaba.

—Miiiiloooooo… —parecía decir—. Liiiiiinaaaaaaaaaa…

Se miraron unos a otros, sorprendidos. El droide se acercó a los prisioneros.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Quién está haciendo esos sonidos?

—Ya vaaaaamoooooooos —dijo la voz, y Milo reconoció el tono suave de Hffrr—. Nooooo tengáaaais mieeeedoooooo…

Lina sonrió, dando palmas.

—Ya vienen —dijo. Después miró directamente a K-4D8—. Ahora estáis en un grave problema.

Fue entonces cuando comenzaron los disparos.

Milo se agachó cuando los proyectiles de los blásters impactaron contra las paredes de piedra. Los soldados volvieron a disparar, con lo que provocaron un rugido ensordecedor en ese estrecho espacio. K-4D8 alzó su rifle de asalto y disparó seis veces de forma sucesiva.

Milo levantó la mirada, intentando ver a qué estaban disparando. Las luces se habían apagado, pero en el lejano final del pasillo se podía distinguir una enorme forma moviéndose, con la cabeza agachada y que se dirigía hacia ellos. Los soldados se agazaparon, y dispararon como respuesta; los proyectiles golpearon su monstruoso torso y la figura se tambaleó. Luego se animó de nuevo, haciendo temblar el suelo a cada paso que daba por el túnel.

—¡Identifiqúese! —gritó K-4D8—. ¡Es una orden!

—No recibo órdenes de usted —respondió la figura, y la mente de Milo vaciló. «No podía ser… ¿no?».

La monstruosa figura disparó a K-4D8, que se vio obligado a agacharse. Entonces paró de disparar, e hizo señas a los niños con un enorme puño.

—Señorita Lina —dijo—. Venga rápido. Usted también, señor Milo. Yo les cubriré.

—¿Cra… Cráter? —preguntó Lina sorprendida, poniéndose en pie—. ¿Eres tú?

—Soy yo —dijo la enorme figura—. Ahora, corran.

Lina le hizo caso de inmediato y se puso a correr. Los soldados seguían disparando. Sus proyectiles chocaban contra el enorme chasis de CR-8R.

K-4D8 ordenó que se detuvieran y avanzó para alcanzar a Lina, pero la perdió por unos milímetros. Agarró a Milo antes de que pudiera seguirla, presionándolo contra el suelo. Levantó el rifle sobre su cabeza y disparó al techo.

Parte del túnel se derrumbó, llenando el estrecho espacio de polvo y humo. Milo oyó cómo las rocas se derrumbaban y vio que uno de los soldados se quedaba bajo los escombros.

—¡Lina! —gritó Rhyssa. Pero el segundo soldado de asalto ya se los llevaba por el camino del túnel.

K-4D8 los siguió, enfundando su rifle.

—Moveos, prisioneros. El gobernador no va a esperar para siempre.

Se tambalearon avanzando a través del humo y el polvo. Milo vio lágrimas en las mejillas de su madre.

—Lina está bien —susurró—. Ella sabe qué hacer. Estará bien.

Rhyssa apretó los dientes.

—Espero que tengas razón.

CAPÍTULO 9

ATAQUE

De un extremo a otro, el patio estaba lleno de hombres, todos en pie y atentos. Los soldados de asalto estaban perfectamente alineados, con sus blásters pegados al pecho. Los oficiales se disponían frente a ellos, inmóviles bajo la luz roja del sol naciente. A sus espaldas, a través de una amplia extensión de terreno pedregoso, el bosque de setas permanecía gris y nebuloso en la bruma de la mañana.

—Ah, K-4D8 —dijo el gobernador Tarkin mientras el droide negro se acercaba desde el complejo, escoltando a Milo y a sus padres—. Me ha llegado información sobre unos disparos en los túneles. Me estaba preguntando si te habías metido en problemas.

—No ha sido nada —informó el droide—. Un fallo del bláster. La chica de los Graf se ha hecho daño y la he enviado a su celda con un droide médico.

Los ojos de Tarkin se entrecerraron.

—Qué pena —dijo—. Me hubiese gustado que estuviera aquí para presenciar esto.

«¿Por qué ha mentido el droide?», se preguntó Milo. Debía de darle vergüenza reconocer su error, o tenía miedo de las consecuencias si Tarkin descubría la verdad. La certeza de que incluso una bestia brillante como K-4D8 tenía miedo de algo hizo que Milo se sintiera extrañamente esperanzado. Esos Imperiales podían parecer imparables, podían actuar como si el universo les perteneciera, pero muy en el fondo tenían los mismos miedos que cualquier otro.

Tarkin se volvió hacia Auric y Rhyssa, y señaló el patio.

—Impresionante, ¿no? Quiero inspeccionar mis tropas una vez más antes de empezar.

—¿Empezar qué? —preguntó Rhyssa con los dientes apretados.

—Mi toma de posesión de Agaris, por supuesto. —Tarkin sonrió con crueldad. Asintió a uno de sus hombres, que se apresuró a quitarles las esposas—. Ya sabéis, habéis hecho que esto sea posible, vosotros y vuestros hijos. Los datos que encontramos en la cabeza de vuestro droide nos dijeron todo lo que necesitábamos saber sobre esos agarianos, incluido cómo matarlos. Mis soldados tienen nuevos filtros de aire instalados en sus cascos, así que no volverán a respirar ese asqueroso gas.

Apuntó hacia el cielo, donde un conjunto de figuras negras volaban entre las nubes. Cubriéndose los ojos para no deslumbrarse por el sol, Milo distinguió las conocidas formas gemelas de los bombarderos TIE.

—Han sido dotados con cargas de minas especiales —explicó Tarkin—. Las llaman «traga cuevas». Pelarán este planeta como una fruta podrida, y mis hombres se encargarán del resto. En unos cuantos días, Agaris será mío.

Se dio la vuelta, levantando el comunicador hasta su boca. Los hombres del patio se quedaron en silencio. No se movía ni una brizna de aire; lo único que Milo podía oír era

el chirrido de los motores mientras los bombarderos se acercaban. Agaris contenía el aliento.

El gobernador Tarkin se enderezó.

—Hoy… —comenzó.

Entonces todo se vino abajo.

El primer bombardero TIE soltó un rugido, que vino acompañado de un humo oscuro proveniente de la parte trasera de la nave. Empezó a girar a toda velocidad, abandonando la formación. Milo vio una espora con pinchos que sobresalía de un panel del ala.

Tarkin alzó la mirada, con la cara pálida por la ira. Los hombres en el patio comenzaron a girarse, rompiendo las filas. Milo vio a uno de los enormes tallos en la distancia, con el tronco en forma de barril levantado.

El bombardero cayó, precipitándose hacia el patio. El piloto intentó frenar, pero no le sirvió de nada. La nave se estrelló contra la fachada del complejo como un insecto en la ventana de un *speeder*. Los trozos de metal destrozado caían por la piedra inclinada, hasta aterrizar en el suelo del patio. Los soldados y oficiales se mezclaron y el orden desapareció.

—¡Mantengan la formación! —gritó K-4D8, con su vocalizador al máximo volumen.

Entonces Milo oyó un grito y levantó la cabeza. Sobre el borde gris donde empezaba el bosque de setas, una línea de figuras oscuras iba creciendo. Se acercaban al complejo, a un paso suave. Milo estaba confundido; las esporas rojas no servirían de nada contra la piedra sólida. Rebotarían contra el complejo como aquel bombardero.

Pero esas esporas eran negras, no rojas. Y mientras caían hacia el patio explotaban en el aire, estallando como una hilera de fuegos artificiales. El humo carmesí emergió de ellas y descendió en una espesa nube.

—¡Activen los filtros del casco! —ordenó K-4D8.

Pero muchos oficiales y el personal del complejo no tenían cascos, y cuando el gas llegó al suelo, Milo pudo ver que caían al suelo, algunos riendo y con espasmos, otros simplemente desmayándose sobre las piedras. Uno de los hombres de Tarkin se le acercó con una caja llena de máscaras de respiración, y le entregó una apresuradamente. El gobernador se la colocó en la cara y empezó a respirar a través de un tubo de plástico transparente.

—Dales una a los prisioneros —dijo—. Quiero que sean testigos de mi contraataque.

Milo cogió la máscara que le ofrecían, se ató la correa alrededor de la cabeza e intentó respirar con calma. El gas rojo había empezado a disiparse, dejando un rastro de figuras inconscientes esparcidas por las piedras. En el silencio, oyeron gritos de dolor y confusión, el crujido de los comunicadores y hombres dando órdenes.

Entonces se oyó otro sonido, débil y distante pero imposible de ignorar. Llegaba de más allá del patio, de más allá del claro despejado. Llegó del interior del mismísimo bosque de setas. Eran voces, cientos de ellas, que parecía que estuvieran muy furiosas. Sus gritos no pronunciaban ninguna palabra inteligible, pero el desafío era inconfundible. Milo sintió que su esperanza crecía. Los agarianos estaban llegando.

Una segunda línea de esferas apareció en el horizonte, girando hacia ellos. Parpadeaban con una pálida luz púrpura, como si en su interior brillara algo. Después, como el primer grupo de esporas, explotaron en el aire y enviaron así miles y miles de diminutas y brillantes bolitas en forma de lluvia sobre los hombres del patio.

Milo se agachó al oír un ruido como el de una roca al impactar contra un techo de hojalata. Pero cuando miró de nuevo, los soldados de asalto se estaban levantando, con las armaduras abolladas por la lluvia de plantas.

Tarkin sonrió sombríamente.

—¿Eso es lo mejor que tienen esos agarianos? —espetó. Entonces alzó la voz—. ¡K-4D8, acaba con ellos!

El droide negro asintió, caminando hacia el patio. Los soldados comenzaban a reagruparse, con las armas apuntando hacia el bosque. El droide se puso junto a ellos y dio las órdenes. Los bombarderos TIE restantes dieron la vuelta y Milo pudo ver bolas de fuego apareciendo a lo largo de la línea de setas gigantes, una cortina naranja emergiendo de la niebla. Oyó gritos lejanos, alzados por el viento caliente que se arrastraba hacia ellos.

La primera línea de soldados de asalto avanzó, con los lanzallamas levantados. A la señal de K-4D8, apretaron los gatillos simultáneamente, quemando el suelo que tenían delante. Los bombarderos regresaron, desatando otro muro de fuego. Milo vio una enorme seta en llamas, con la parte superior que se resquebrajaba y caía en aquel infierno. Y pudo ver otra figura más alejándose de la feroz tormenta de fuego y desapareciendo entre las grietas del suelo.

Los agarianos estaban ahí fuera, conteniendo el asalto del Imperio. Pero, a menos que el generador quedara fuera de juego, se iban a quedar donde estaban, incapaces de acercarse al complejo. En cualquier momento los primeros soldados de asalto los alcanzarían, y Milo no tenía ni idea de cómo acabaría esa lucha. Los agarianos eran muchos, pero los soldados estaban mejor armados, mejor entrenados y no tenían dudas cuando se trataba de matar.

Estaba desesperado por saber dónde debía de estar Lina. Por lo que podía deducir, había dos posibilidades: o estaba malherida bajo el desprendimiento de rocas, o ella y Cráter estaban buscando el generador. Por el bien de todos, esperaba que fuese la última.

CAPÍTULO 10

EL GENERADOR

—Y entonces creo que la caída debió de desencadenar mi reactivación, porque cuando recuperé el sentido estaba en un montón de basura —contaba CR-8R—. En realidad, señorita Lina, no se puede imaginarlo que he sufrido. Es un milagro que después de todo pueda estar aquí. De una pieza, más o menos.

«De una pieza muy grande», pensó Lina para sí. Le estaba resultando imposible acostumbrarse al nuevo cuerpo de CR-8R mientras caminaban, levantando nubes de polvo con cada paso. Lina había visto cómo trabajaban los levantadores de carga; uno casi la aplastó en una mina de Cedonne. Éste estaba abollado y doblado, y agarraba un voluminoso bláster en el único brazo que le quedaba. Su torso era casi tan grande como el túnel y terminaba en un par de piernas enormes, del tamaño de un tronco. En el centro del vasto cubo, la cabeza de CR-8R parecía una pequeña pelota que se balanceaba sobre su cuerpo.

Lina no sabía de dónde procedía el otro brazo, pero sospechaba que era de algún tipo de droide de tala. La larga y esbelta extremidad terminaba en una sierra dentada que se encendía en los peores momentos, como cuando Lina se acercó a CR-8R para darle un abrazo después del desprendimiento del túnel. Él había querido consolarla y había estado a punto de cortarle la cabeza.

—No fue un milagro lo que te salvó —le recordó—. Fue un mono-lagarto.

—Supongo —aceptó CR-8R a regañadientes—. Este… animal ha demostrado ser útil, después de todo.

—Y después de todas las cosas que has dicho sobre él —dijo Lina con una sonrisa—, deberías disculparte, Cráter.

CR-8R suspiró.

—Morq, siento no haber apreciado todo lo que valías antes. Gracias por rescatarme.

Morq ronroneó, trepando por el enorme hombro de CR-8R y frotando cariñosamente el pico contra su mejilla metálica. CR-8R le respondió con un zumbido reacio, y Morq se sintió feliz.

—Según los esquemas a los que pude acceder en el ordenador central del complejo —dijo CR-8R—, el generador tendría que estar al final de este pasillo.

—Estará protegido —le advirtió Lina—. No todos habrán ido a esa inspección.

Los pasillos se habían quedado vacíos, pero habían oído a un par de mecánicos que se peleaban porque llegaban tarde a la revisión de personal del gobernador.

—Espero que Milo esté bien —dijo Lina—. El techo cayó con mucha fuerza.

—Estoy seguro de que estaba en la zona libre de impacto —le dijo CR-8R—. El droide KX no iba a poner en riesgo a los dos prisioneros más valiosos del gobernador. Todavía no ha tenido la oportunidad de interrogarlos.

—No le diría nada de todas formas —murmuró Lina.

—Le diría lo que necesita saber —dijo CR-8R—. No arriesgaría su vida, o la del señor Milo o la de sus padres por un poco de información que puede que esté desfasada.

—Pero quería información sobre Mira y Ephraim —protestó Lina—. Y toda su red.

—Y si los Bridger estuvieran aquí, le dirían lo mismo —dijo CR-8R—. Ellos pueden cuidar de sí mismos.

Se oyó un estruendo sobre ellos y las paredes temblaron. Las luces del techo parpadearon y Lina oyó un ruido sordo y potente a lo lejos.

—Ha empezado —dijo—. Tenemos que movernos. —Aceleró el paso y se puso a correr por el túnel.

—¡Oye! —Un grito les dejó helados—. ¿Qué creéis que estáis haciendo?

Al final del pasillo se abría una puerta de acero. Un par de tripulantes jóvenes esperaban en la entrada, empuñando torpemente sus blásters.

—¡Alto! —gritó el que les quedaba más cerca—. O abriremos fuego.

—Cráter —murmuró Lina—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—No tenga miedo, señorita Lina —dijo CR-8R—. Lo tengo todo bajo control.

Comenzó a correr, clavando sus enormes pies en las piedras. Para sorpresa de Lina, soltó un rugido mientras bajaba por el pasillo y avanzaba hacia los aterrados guardias. Uno de ellos disparó, pero el proyectil rebotó contra el torso blindado de CR-8R. Aun así, continuó corriendo, con Morq aferrado a su hombro chillando por su cuenta.

Los soldados se miraron entre sí, sorprendidos y aterrados. Lina percibió que eran poco más que unos cadetes; hacían la guardia mientras sus superiores asistían a la inspección. Se podía imaginar el miedo que sentirían mientras veían que esa figura gigante se precipitaba desde las sombras hacia ellos.

El jefe se rindió el primero, atravesando la puerta y arrastrando a su compañero con él. Se precipitó sobre los controles de la misma mientras huía, pero CR-8R la alcanzó antes de que se cerrara, agarrándola con su enorme puño. El acero se desgarró como papel mientras el droide cargaba contra él.

Lina se apresuró tras CR-8R, pasó por la retorcida puerta y entró en la habitación del generador. Al otro lado vio otro panel que se cerraba.

—Has dejado que se fueran —objetó.

CR-8R asintió.

—Quizá parezco un monstruo, señorita Lina, pero eso no significa que me haya convertido en uno.

El suelo tembló de nuevo, provocando una fina lluvia de polvo en la habitación.

—Volverán —dijo Lina—. Y traerán refuerzos.

—Entonces deberíamos hacer lo que hemos venido a hacer —dijo CR-8R—. Y rápidamente.

El generador estaba ante ellos: un cilindro negro que brillaba con luces de colores. Lina podía sentir su poder; el aire estaba lleno de electricidad y unas chispas azules bailaban por la parte superior.

—¿Crees que hay algún interruptor para apagarlo? —preguntó.

—Tal vez —le dijo CR-8R—. Pero tardaríamos mucho en encontrarlo. Esto será más rápido. —Encendió su brazo de sierra, y lo bajó hacia la consola que tenían enfrente. Salieron volando chispas, junto a fragmentos de metal y plástico que saltaban por los aires.

Lina se agachó.

—¡Eh, cuidado! —protestó—. No todos estamos protegidos por una armadura.

—Perdone —dijo CR-8R—. Cúbrase detrás de mí, señorita Lina.

Dirigió la sierra al centro de la consola, y la hoja crujió mientras los dientes se abrían paso. Con el otro brazo disparó su bláster, dañando la consola con cuatro disparos rápidos.

—¡Dispárale de nuevo! —gritó Lina—. ¡Creo que funciona!

El acero se derritió. El generador se agitó, mientras chispas eléctricas saltaban de la consola rota. Morq corrió por la cubierta a medida que los tornillos eléctricos salían disparados por el aire.

Entonces, con un espasmo y un rugido, el generador pereció y todo quedó a oscuras.

—Buen trabajo, Cráter —afirmó Lina—. Ahora sólo tenemos que encontrar la forma de salir de aquí.

—Me temo que mi nuevo cuerpo no parece tener ninguna linterna —dijo CR-8R disculpándose—. Aunque puedo ver con los infrarrojos. Intentaré encontrar una fuente de luz. Ah, ¿qué es eso?

Lina oyó un clic, seguido de un silbido estático.

—Eso no suena como una linterna —dijo.

—Muy astuta —añadió CR-8R—. Es una radio. A lo mejor podemos conseguir noticias del señor Milo, o al menos descubrir qué está causando estos terremotos. —Escaneó a través de los canales del Imperio. De repente una voz surgió de la oscuridad.

—*Las criaturas se están acercando* —crujió la voz—. *No puedo… No puedo mantenerlos alejados*.

Entre las palabras, Lina pudo oír explosiones y disparos de bláster, y soldados dando órdenes.

—*Espera* —siguió el hombre, con la voz temblorosa—. *El humo está desapareciendo. Veo… Los veo. Vienen hacia aquí. Señor, ¡hay cientos de ellos!*

—*¡Mantengan la posición!* —dijo una segunda voz, que Lina reconoció que era de K-4D8 por su tono frío—. *Usen lanzallamas y blásters, pero manténgalos alejados.*

—*¡Hay demasiados!* —gritó el soldado—. *¡Están por todos lados! ¡Están saliendo de la niebla! Aaaaah…*

Su gritó se apagó, y por un momento se hizo el silencio. Después se volvió a oír la voz del droide.

—*Hangar, aquí K-4D8* —dijo—. *Preparen el* Pico Carroñero *para un despegue inmediato. Y tengan la mazmorra preparada: el gobernador se llevará a sus prisioneros.*

—*Inmediatamente* —respondió una voz.

—Los están llevando al hangar —dijo Lina—. ¿Sabes el camino?

—Por supuesto —afirmó CR-8R, y en la oscuridad se pudo oír la vibración de sus servo-sistemas—. Siga mi voz.

—Te sigo, Cráter —dijo Lina, levantando las manos. Sintió el borde desigual de la puerta rota y se abrió paso a través de ella. En el pasillo el aire era más frío, pero estaba igual de oscuro.

—Estire el brazo hacia la izquierda, señorita Lina —dijo CR-8R, y Lina lo hizo. Sintió algo suave y redondo al envolverlo con la mano.

—Es como una tubería —dijo levantándola—. ¿Para qué necesito esto?

—Para defenderse, si fuera necesario —respondió CR-8R—. Entre usted y yo, debemos estar equipados para repeler cualquier ataque del Imperio.

Lina se echó a reír.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó el droide.

—Tú —dijo Lina, levantando el frío acero y sintiéndose un poco más valiente—. Recuerdo que siempre tenías miedo de todo; nos decías que tuviéramos cuidado, que fuéramos despacio, que no nos pusiéramos en peligro. Ahora me dices que me enfrente al Imperio con una tubería de metal.

—Quizá este nuevo cuerpo se me ha subido a la cabeza —admitió CR-8R.

—No es sólo eso —dijo Lina—. Esto empezó incluso antes de aterrizar en Agaris. Te has vuelto más fuerte, Cráter.

—Puede ser —asintió CR-8R—. Pero también usted, y el señor Milo. Nos hemos visto obligados a enfrentarnos a situaciones que ninguno de nosotros habríamos imaginado antes de que sus padres fueran capturados. Todos hemos cambiado.

—Supongo que tienes razón —suspiró Lina—. Pero eso es bueno, ¿no?

—En la mayor parte —coincidió CR-8R—. Ahora usted y el señor Milo pueden cuidar de sí mismos. Si volviera a suceder un desastre, estarían bien preparados para lidiar con él.

—¿Pero? —preguntó Lina.

—Pero todavía son muy jóvenes —dijo CR-8R—. Los niños de su edad no deberían luchar por sus vidas. No deberían tomar las decisiones que se han visto obligados a tomar.

—Dudo que seamos los únicos —apuntó Lina—. Esto puede estar pasando por todo el Imperio. Niños perdiendo a sus padres y a sus familiares, y viéndose obligados a luchar como hicimos nosotros.

—En efecto —dijo CR-8R con tristeza—. Pienso a menudo en ellos. —Luego aceleró el paso—. Vamos, señorita Lina. Debemos darnos prisa. Si el gobernador Tarkin consigue despegar, todo esto no habrá servido de nada.

CAPÍTULO 11

LA BATALLA

—¡Muévete, chico! —ladró K-4D8 empujando a Milo, que se tropezó, y agarró la mano de su padre. Auric se volvió, y miró al droide y a los soldados de asalto que iban detrás de él.

—Derribar a nuestro hijo no hará que vayamos más rápido —dijo enfadado.

—Tiene razón —añadió Tarkin entrando en el túnel—. No hay necesidad de ser desagradable. Sólo pensad que cuanto más rápido os mováis, antes estaréis a salvo en mi nave.

—No vamos a entrar en tu nave —escupió Rhyssa—. Tendrás que matarnos primero.

—Como quieras —dijo Tarkin. Y avanzó, conduciéndolos hasta el hangar.

El *Pico Carroñero* se encontraba en el otro lado del espacio cavernoso, y estaba dotado con torretas brillantes. Droides de energía iban de un lado para otro alrededor del tren de aterrizaje de la nave, y Milo pudo ver un par de oficiales que se apresuraban por la pasarela mientras hacían las comprobaciones finales. En el interior, todo estaba oscuro.

—Milo, mira —susurró Auric, y Milo se volvió para seguir la mirada de su padre.

Más allá de la entrada del hangar, todo era un caos. El gas rojo llegaba en oleadas, ocultando gran parte del patio. Pero Milo podía ver lo suficiente.

Podía ver cuerpos tumbados en el suelo, algunos inmóviles, otros arrastrándose lentamente. La mayoría eran oficiales imperiales, los que estaban fuera cuando el primer gas descendió. Pero también vio unos cuantos soldados de asalto y, por aquí y por allí, grandes figuras grises.

Sonó una explosión, olas de calor que hacían retroceder el humo rojo. Mientras el ruido desaparecía, Milo vio la primera línea de ataque de los agarianos, que avanzaban irregularmente hacia el complejo. Como una difusa pared gris, llegaban corriendo y rodando por el espacio abierto del patio. Los soldados de asalto se retiraban, mientras intentaban repeler a los enemigos con los blásters y los lanzallamas. Pero los agarianos eran demasiados; sobrepasaban en número a los soldados, devolviendo el fuego con proyectiles de gas y bolas llenas de pinchos.

El gobernador Tarkin miraba en silencio; si estaba de alguna manera perturbado por lo que veía, se negaba a mostrarlo.

—Súbelos a bordo —dijo a K-4D8—. Rápido, ya.

El droide cogió a Milo del hombro, casi levantando al chico del suelo, mientras caminaba hacia la nave. Los soldados empujaron a Auric y Rhyssa hacia delante; los oficiales del *Pico Carroñero* cruzaban el hangar, acercándose a ellos.

—Está todo listo y preparado, señor.

—Bien —dijo Tarkin—. Proteged a los prisioneros. Yo mismo pilotaré la nave.

Milo oyó un disparo de bláster muy cerca. Se volvió cuando el humo de la puerta del hangar desaparecía, revelando a un grupo de figuras negras.

—¡Alto! —ordenó el agariano más cercano—. ¡Soltadlos! —Milo reconoció esa voz.

Tarkin se dio la vuelta cuando ya estaba subiendo por la pasarela. Los soldados de asalto se colocaron en formación, cubriendo al gobernador. K-4D8 se detuvo, agarrando a Milo por el cuello.

—Soltadlos —repitió Hffrr, con su voz suave que rebotaba por todo el hangar—. Ahora.

Sus compañeros se detuvieron. Había siete de ellos, que iban desde una alta seta a un par de monstruos con cuatro brazos que tenían la mitad de tamaño que un caza TIE.

Tarkin miró a los agarianos con repugnancia, como si fueran la encarnación de todo lo que detestaba de ese planeta.

—Estas personas son mis prisioneros —anunció—. Van avenir conmigo.

Hffrr dio un paso adelante.

—¿Estás al mando aquí?

—Soy la autoridad en Agaris —confirmó el gobernador—. Me llamo Tarkin.

—Taaah-kin —dijo Hffrr—. Sí. Conozco tu nombre. Tenemos a tus hombres.

El gobernador apretó los dientes.

—Eso me imaginaba. ¿Están muertos?

—No —negó Hffrr—. Sólo están dormidos. Si abandonáis este planeta, os los devolveremos.

Tarkin le lanzó un gesto de desprecio.

—Si esos hombres son lo suficientemente tontos para ser capturados, no me responsabilizo de ellos.

Hffrr dio otro paso más.

—Ésa es tu elección —dijo—. Pero no os vais a llevar a estas personas.

Tarkin suspiró.

—Ya me estoy cansando de esto —dijo—. ¡K-4D8! Mátalos, ¿entendido?

El droide negro asintió una vez.

—Encantado —dijo, y abrió fuego.

Uno de los agarianos se derrumbó, desprendiendo un gas verde de su cuerpo. El resto se cubrió tras una pila de cajas mientras los soldados de asalto les disparaban. Las chispas volaron e incendiaron el hangar.

—Auric y Rhyssa, ¡cubrios! —gritó Hffrr, y algo rodó hacia los soldados, una pequeña planta redonda. Los Graf se agacharon cuando el hongo granada explotó, golpeando con dardos la armadura de los soldados de asalto y derribándolos. Milo estaba protegido por el cuerpo metálico de K-4D8; el droide apenas se movió cuando tres dardos le perforaron el chasis negro.

Los agarianos avanzaron, con HfFrr liderando la carga mientras corrían y rodaban contra el transbordador. Tarkin se detuvo por un momento, y miró hacia los soldados

caídos y los agarianos que se le acercaban. Entonces se dio la vuelta y subió por la pasarela, que se levantó tras él.

K-4D8 se adentró en el hangar, con Milo, que arrastraba sus pies por la piedra, sujeto por el cuello. El chico le dio una patada para intentar liberarse, pero K-4D8 apenas lo notó. Milo vio dos soldados poniéndose de pie, y entonces empezaron a disparar salvajemente. Uno de los grandes agarianos cayó, envuelto en gas verde.

Rhyssa agarró por la muñeca al soldado que tenía más cerca y le quitó el bláster. Auric se encargó del otro y lucharon sobre las piedras. Milo vio que su padre envolvía sus manos alrededor del cuello del soldado.

Entonces hubo un rugido y una gran ola de calor, y el *Pico Carroñero* comenzó a elevarse. En la ventana de la cabina Milo pudo percibir la cabeza de Tarkin, inclinado sobre los controles mientras sacaba la nave del hangar. Los propulsores rugieron y la caverna se llenó de luz y de calor. Un instante después, la nave había desaparecido, cruzando las nubes y desvaneciéndose en el cielo nublado.

—¡Suelta a Milo! —ordenó Hffrr dando un paso hacia K-4D8. En sus manos llevaba un bláster, que había cogido de uno de los soldados caídos—. Suéltalo, y te dejaré vivir.

El droide se enderezó. Milo se agachó un poco a sus pies, con K-4D8 todavía agarrándolo por el cuello.

—Detente donde estás —ordenó el droide negro—. Alto, o mataré a tu querido chico.

—Te destruiré a ti primero. —Hffrr levantó el bláster y apuntó a la brillante cabeza de K-4D8. El monstruo de metal y el delgado agariano eran del mismo tamaño—. Suéltalo, o usaré tus propias armas para acabar contigo.

—No lo creo —respondió K-4D8— Eres débil. No me matarás.

Hffrr no dijo nada, con la mano temblorosa donde agarraba la pistola.

—Es una máquina —le instó Rhyssa—. No está vivo. Dispara.

Hffrr la miró confundido.

—Pero habla —dijo—. Piensa.

—No es lo mismo —insistió Auric junto a su mqjer—. Hazlo. Salva a Milo.

Hffrr miró el bláster, después al droide. Milo podía percibir el conflicto en su fina cara gris. Entonces Hffrr, lentamente, bajó el arma.

—Es un ser sensible. No puedo dispararle.

—Yo, en cambio, no tengo ese problema. —La voz resonó desde el fondo del hangar, desde la oscuridad.

K-4D8 se dio la vuelta, arrastrando a Milo con él. Algo emergió de las sombras, acompañado del sonido de una sierra metálica.

—Suéltalo —ordenó CR-8R mientras avanzaba con sus enormes piernas de metal—. Ahora.

Lina corría tras él. Vio a Milo y se quedó helada, con una mano en la boca y la otra agarrando un tubo oxidado.

—Pareces… diferente —dijo K-4D8, alzando su rifle de asalto.

—Me siento diferente —coincidió CR-8R.

De repente K-4D8 disparó y se agachó al mismo tiempo. El disparo no le dio a CR-8R por poco centímetros. El droide negro no fue tan rápido; CR-8R le dio en el hombro, del que saltaron chispas. Su mano se abrió involuntariamente, con lo que liberó a Milo.

K-4D8 soltó un grito de frustración y estiró el brazo para alcanzar al chico. Pero, antes de que pudiera agarrarlo, CR-8R se lanzó contra él, con la sierra en alto. A continuación la bajó, clavando los dientes de acero en el brazo de K-4D8. El droide negro se volvió y agarró a CR-8R con un enorme puño de metal. Comenzaron a luchar, golpeándose con sus extremidades y provocando lluvias de chispas.

Rompían las piedras cada vez que sus pies chocaban contra el suelo.

Al principio, CR-8R tenía ventaja, con su sierra que desgarraba los cables expuestos del hombro de K-4D8. Después, el droide negro se agachó, colocó su rifle contra el torso de CR-8R y disparó dos veces. La armadura de CR-8R era fuerte, pero los disparos lo lanzaron hacia atrás. Agachó la cabeza y cargó de nuevo, agarrando el rifle de K-4D8. El siguiente disparo se perdió en el aire, y estuvo a punto de darle a Lina mientras corría hacia su hermano.

Se refugiaron tras el ala de un caza TIE, y observaron a los droides mientras se golpeaban furiosamente.

—¿Qué le ha pasado a Cráter? —preguntó Milo sorprendido.

—Es una larga historia —explica Lina—. Pero le queda bastante bien, ¿no?

—Creo que va ganando —dijo Milo. Entonces levantó la voz—. ¡Vamos, Cráter! ¡Arráncale los brazos!

—Lo intento, señor Milo —le gritó CR-8R, y dio un golpe a K-4D8 que lo lanzó por los aires. El droide negro aterrizó de espaldas con un crujido—. Quédate ahí —ordenó CR-8R, acercándose—. O te aplastaré. Nadie toca al señor Milo y se va de rositas.

K-4D8 se levantó. Tenía un brazo torcido y cables cortados en el hueco del hombro.

—Yo lucho por el Imperio —dijo. Su vocalizador tenía daños que provocaban que su voz sonara lenta y seria—. ¡Yo lucho!

Y avanzó con determinación, con la cabeza inclinada hacia delante. Cuando se produjo el contacto, CR-8R se tambaleó hacia atrás. K-4D8 se balanceó salvajemente, golpeando con su enorme puño una y otra vez en el mismo punto débil de CR-8R. Para horror de Milo, consiguió atravesarlo y saltaron chispas mientras K-4D8 lo retorcía y rasgaba con los dedos. CR-8R soltó un gemido eléctrico, y cayó hacia atrás con aceite derramándose por su pecho.

—¡No! —gritó Lina mientras se ponía de pie. Salió corriendo de la sombra del caza, empuñando su tubería.

CR-8R luchaba por separar su espalda del suelo, como un insecto que intenta levantarse, pero su voluminoso cuerpo era demasiado pesado. K-4D8 colocó un pie sobre su torso, manteniéndolo tendido. Bajó su rifle de asalto y lo presionó contra la cabeza de CR-8R. Milo sabía que si destruía esos circuitos craneales, su amigo no podría volver. CR-8R desaparecería para siempre. Se puso de pie para seguir a su hermana.

—¡Niños, no! —gritó Auric, y Milo echó un vistazo hacia atrás y vio a sus padres corriendo tras ellos, con las manos extendidas. Hfírr estaba con ellos, y cruzaban el hangar.

Pero Milo y Lina los ignoraron y corrieron hacia K-4D8, mientras gritaban como animales. Lina empuñó la tubería y golpeó al droide en su articulada espalda. Se produjo un fuerte sonido metálico. Le golpeó una y otra vez, con tanta fuerza como pudo. Milo entró en acción y agarró el brazo armado de K-4D8.

El droide gruñó con frustración.

—Niños —dijo—. Ingenuos.

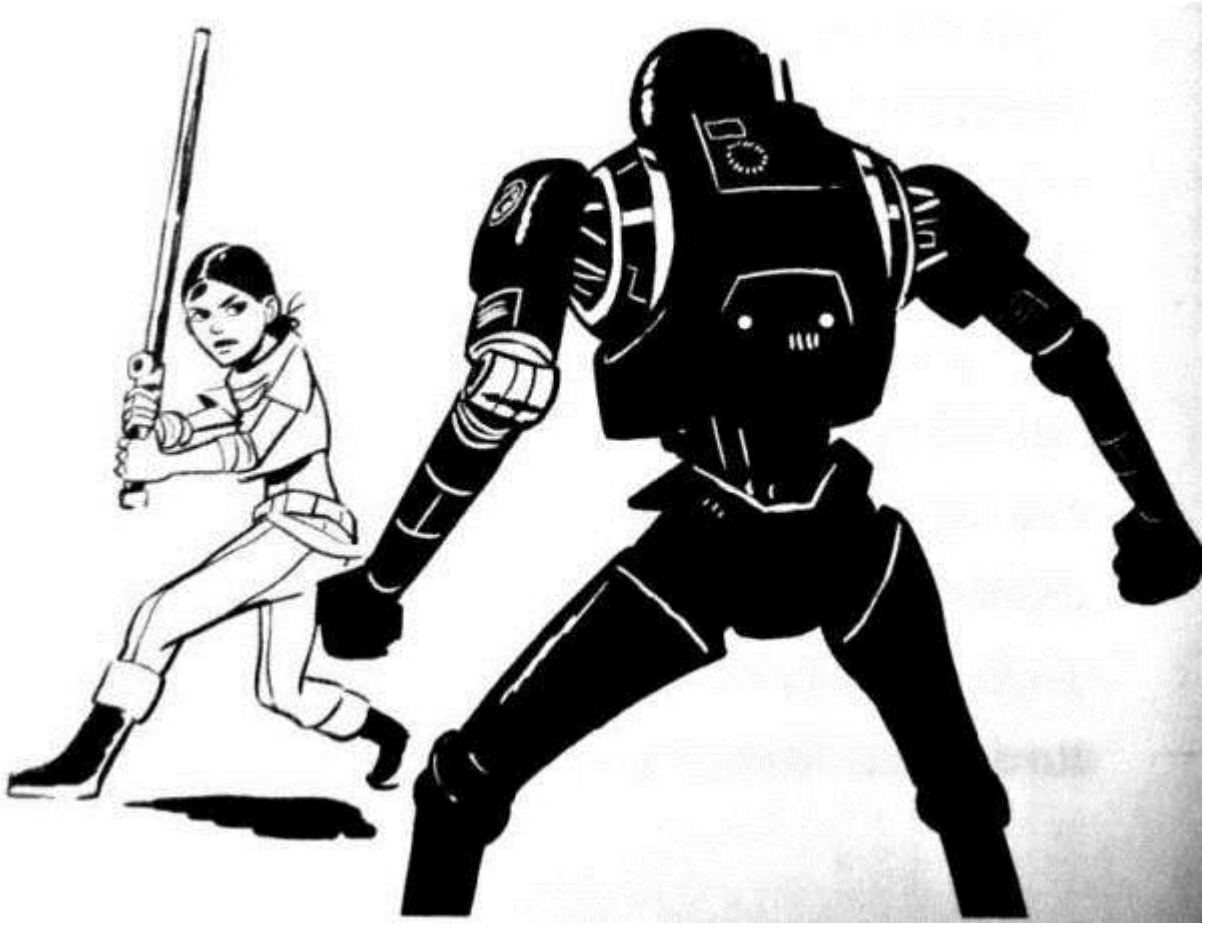
—No dejaremos que le hagas nada —gritó Milo—. ¡De ninguna manera!

K-4D8 se inclinó hasta que su cruel rostro se quedó a unos centímetros del de Milo.

—Os mataré primero a vosotros —ladró—. Después acabaré con vuestro amigo.

Y levantó su arma, arrastrando a Milo con ella. El niño se aferró fuerte para intentar hacer bajar al droide, pero no era lo suficientemente pesado. El rifle giró hacia Lina. Milo pudo distinguir algo que se movía por el rabillo del ojo, algo que se alzaba desde el suelo.

Lina dio un paso atrás cuando K-4D8 se volvió. Sostuvo la tubería frente a ella, y Milo recordó las viejas historias que sus padres les explicaban antes de ir a dormir sobre los Jedi y los sables láser. Lina se encaró al droide, con un rostro firme y la tubería alzada. K-4D8 rio y le apuntó.



Hubo un chillido metálico y Milo sintió el calor de las chispas que le salpicaron un lado de la cara. K-4D8 se tambaleó y Milo cayó, volviéndose para ver que el alto droide negro seguía erguido, con una expresión de sorpresa en su rostro. Su cabeza comenzó a vibrar, como si estuviese a punto de explotar. Algunos fragmentos de acero y plástico salieron disparados de su cuello.

Entonces se produjo un ruido sordo y un siseo, y la cabeza de K-4D8 se desplomó hacia delante. Rebotó contra su pecho y cayó rodando hacia el suelo, aterrizando con un fuerte golpe metálico. El droide negro cayó de rodillas, y Milo saltó hacia atrás mientras el cuerpo decapitado se desplomaba como un árbol.

Tras él, apareció CR-8R, levantando triunfante su sierra eléctrica. Pero sus articulaciones se debilitaron y él, también, se tambaleó hasta caer sobre su blindado trasero.

Lina corrió hacia el droide, rodeando con sus brazos su cabeza. Morq se subió sobre el hombro de CR-8R y le lamió la cara con entusiasmo.

Milo sonrió.

—Eso ha sido sin duda la cosa más increíble que he visto en mi vida.

CR-8R alzó la mirada hacia él.

—Me alegra ser de ayuda, como siempre.

Rhyssa se unió al grupo, atenta a la figura inmóvil de K-4D8.

—Creo que ni siquiera te programé para la batalla, Cráter —dijo.

El droide asintió débilmente.

—Descubrirá muchos cambios, señora Rhyssa.

Auric cruzó el hangar para reunirse con Hífrr. Estaba contemplando el patio, con los brazos cruzados. La batalla había terminado y, a través del humo, Milo pudo ver a los agarianos que levantaban a los oficiales inconscientes y los alineaban sobre las piedras. Los soldados de asalto supervivientes estaban sentados en grupo, con los brazos sobre sus cabezas en señal de rendición. Los agarianos habían recogido sus armas y las estaban amontonando en un foso más allá del patio. Mientras Milo observaba, la tierra se abrió y se tragó las armas, que desaparecieron de su vista.

—Tarkin volverá —comentó Auric a Hffrr—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —asintió Hffrr—. Lo vi en sus ojos. Volverá, y lo destrozará todo.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Auric—. No podéis enfrentaros a él. Os sacará de la órbita si es necesario.

—Es hora de marcharnos —dijo Hffrr—. Ya lo esperábamos desde hace un tiempo. Los preparativos ya están listos.

—¿Marcharos? —preguntó Milo, acercándose—. ¿Marcharos cómo? No tenéis naves.

Hffrr le sonrió.

—Ya lo verás, joven Milo —dijo con seguridad—. Ya lo verás.

CAPÍTULO 12

EVACUACIÓN

Lina se abrochó el cinturón del asiento del copiloto mientras Auric hacía las comprobaciones finales de los mandos de vuelo del *Mensajero Estelar*. Las luces ondulaban a través de la recién soldada consola mientras Milo tomaba asiento tras ella, y comprobaba el sistema de navegación.

—¿Cómo vamos por ahí atrás? —dijo Auric, y Lina se volvió para asomarse a la oscura bodega. Vio unas chispas, y oyó a su madre maldiciendo en voz alta.

—Ya casi estamos —respondió Rhyssa—. Cráter, pásame la llave hidráulica.

Los agarianos habían entregado la nave al salir el sol, arrastrándola por el bosque de setas usando cuerdas y rodillos. Rhyssa se había puesto a trabajar de inmediato: arregló el lado destrozado del *Mensajero Estelar* y cambió los cables que iban de la cabina al motor. Afortunadamente, los propulsores no estaban dañados, y una vez que CR-8R fue conectado a su antiguo chasis, pudo ayudar a hacer las reparaciones finales.

—Espero que este trasto aguante —murmuró, alcanzando la palanca de alimentación de combustible.

—Lo hará —dijo Lina—. No está mal, para ser una nave imperial. Sólo es que ha recibido algún que otro golpe.

—Deberíamos haber pedido prestada una de ésas —dijo su padre, señalando—. Me sentiría más seguro.

A través de la ventana, se podía ver un transporte imperial que se elevaba del complejo, subiendo en dirección al Destructor Estelar que esperaba en órbita. Un puñado de soldados de asalto seguían amontonados en el patio, esperando a ser evacuados.

—No me puedo creer que Hffrr los suelte sin más —comentó Lina—. Si se los quedaran como prisioneros, los agarianos tendrían algo con lo que negociar.

—Eso no cambiaría nada —le dijo Auric mientras el transporte se desvanecía entre las nubes—. Tarkin no se lo pensará dos veces antes de reducir este planeta a pedazos, tanto si sus hombres siguen en la superficie como si no.

Lina se puso enferma.

—Eso es horrible —dijo—. Es un monstruo.

—Lo es —afirmó Auric—. Pero Hffrr no lo es. El prefiere dejarlos marchar, aun sabiendo que recuperarán sus unidades. Le admiro.

Lina asintió. Imaginarse a todos esos soldados imperiales libres la hacía enfadar, pero sabía que su padre tenía razón. Si los agarianos los dejaran morir, no serían mejores que el Imperio.

—¿Y qué crees que va a pasar? —preguntó Milo, apoyándose entre los asientos—. ¿A qué se refería Hffrr cuando decía que era el momento de marcharse?

Auric se encogió de hombros.

—Sé tanto como tú —dijo—. En nuestro último viaje, no vimos ninguna señal de que los agarianos tuvieran tecnología interplanetaria. Pero hay muchas cosas que no sabemos sobre ellos. Por ejemplo, Hffrr está prácticamente igual que hace trece años. No ha envejecido.

Los agarianos habían estado ocupados toda la noche haciendo preparativos, pero Lina no podía adivinar lo que significaba todo aquello. Habían aparecido nuevos brotes del bosque de setas, grandes hongos en forma de cuenco que se elevaban por encima de los tallos más altos. Desde que amaneció, no habían visto a Hífrr o a su gente; les habían entregado el *Mensajero Estelar* y habían desaparecido bajo tierra. Lina se preguntó si volverían para despedirse.

Otra nave imperial despegó, rozando el suelo del patio con las alas mientras despegaba. Auric entrecerró los ojos.

—Ése debe de ser el último —murmuró—. Tenemos que irnos ya. ¿Qué están haciendo ahí atrás?

—Le oigo, y lo sabe —afirmó CR-8R desde la bodega de carga—. Trabajamos tan rápido como podemos.

—Lo sé —dijo Auric—. Trabajad más rápido.

—Eh —protestó Rhyssa mientras entraba por la puerta de la cabina. Sus manos estaban negras por la grasa—. Cuando Cráter dice que estamos trabajando tan rápido como podemos, es que estamos…

—Silencio —espetó Auric, levantando una mano.

El rostro de Rhyssa enrojeció.

—No me digas que… espera, ¿qué es ese ruido?

Un silbido, que parecía llegar de todos lados, había empezado a llenar la cabina. Por un momento, Lina quedó perpleja. ¿Había algún problema con la nave?

Entonces recordó el incidente en el túnel, ese extraño momento en el que las paredes parecían hablar.

—¿Hffrr? —preguntó—. ¿Eres tú?

—Síiiiii… —La voz del agariano era débil pero cada vez se aclaraba más—. ¿Estáis listos para dessssspegaaaaar?

Milo estiró la mano para tocar una zona con hongos negros en la pared. Los hongos vibraban entre sus dedos. Lina vio otra zona en la consola, y una más grande en el suelo bajo el asiento del piloto.

—Ya casi estamos —dijo Auric, sin estar muy seguro hacia qué dirección hablar.

—Bien —dijo Hffrr—. Vuestra nave ya no debería estar dañada cuando pase, pero debéis estar tan a salvo como sea posible.

—¿Cuando pase el qué? —preguntó Milo—. ¿Qué pensáis hacer?

HíFrr se rio suavemente.

—Joven Milo —dijo—. Echaré de menos tu mente curiosa. Muy bien, ya que nos sobra un poco de tiempo. Nos llamáis agarianos, pero este planeta no es nuestro

verdadero hogar. Lo colonizamos igual que los humanos colonizaríais un planeta inhabitado. Cuando yo llegué, Agaris no era más que una roca. Toda la vida que veis a vuestro alrededor viene de nosotros.

—Pero ¿cómo? —preguntó Milo—. ¿Cómo viajasteis hasta aquí sin naves?

—En esporas —explicó Hífrr—. No somos como vosotros, no necesitamos oxígeno para sobrevivir, sólo un poco de luz. Podemos sobrevivir en el vacío y hacer un largo viaje hasta que encontremos un planeta que se ajuste a nuestras necesidades. Entonces nos establecemos, y éste es el resultado.

—Espera, retrocede —ordenó Auric—. Has dicho «cuando yo llegué». Pero para que floreciera toda esta vida han tenido que pasar miles de años. ¿Cuántos años tienes, Hffrr?

El agariano rio de nuevo.

—Nosotros no medimos el tiempo como vosotros —explicó—. Pero he visto estrellas nacer y morir.

Hubo un repentino temblor, y Lina sintió cómo el suelo temblaba.

—Ha empezado —dijo Hffrr—. Es hora de que os marchéis.

—Estamos listos —indicó la voz de CR-8R desde la parte trasera de la nave—. Las conexiones son seguras. Puedo hacer las últimas reparaciones al hiperpropulsor cuando estemos en órbita.

Rhyssa asintió.

—Por mí es suficiente —dijo, abrochándose el cinturón junto a Milo mientras la nave se empezaba a mover—. Vamos.

—No volveremos a vernos —afirmó la voz incorpórea de Hffrr con tristeza—. Pero ha sido un placer conoceros a todos. Lina, sé valiente. Milo, sigue explorando. Rhyssa y Auric, cuidad el uno del otro. Si hay algo que he aprendido en mi larga vida, es que la familia es lo más importante del universo.

—Gracias —dijo Auric, encendiendo los motores—. Por todo.

—No te olvidaremos —añadió Milo.

—Adiós, Hffrr —se despidió Lina—. Gracias por salvarnos.

—Ha sidoooo… un placeeeer… —susurró Hffrr, mientras su voz se desvanecía.

Auric encendió los propulsores y el *Mensajero Estelar* comenzó a elevarse. Un viento empezaba a levantarse y Lina podía sentir cómo la nave se balanceaba mientras ascendía hacia las nubes.

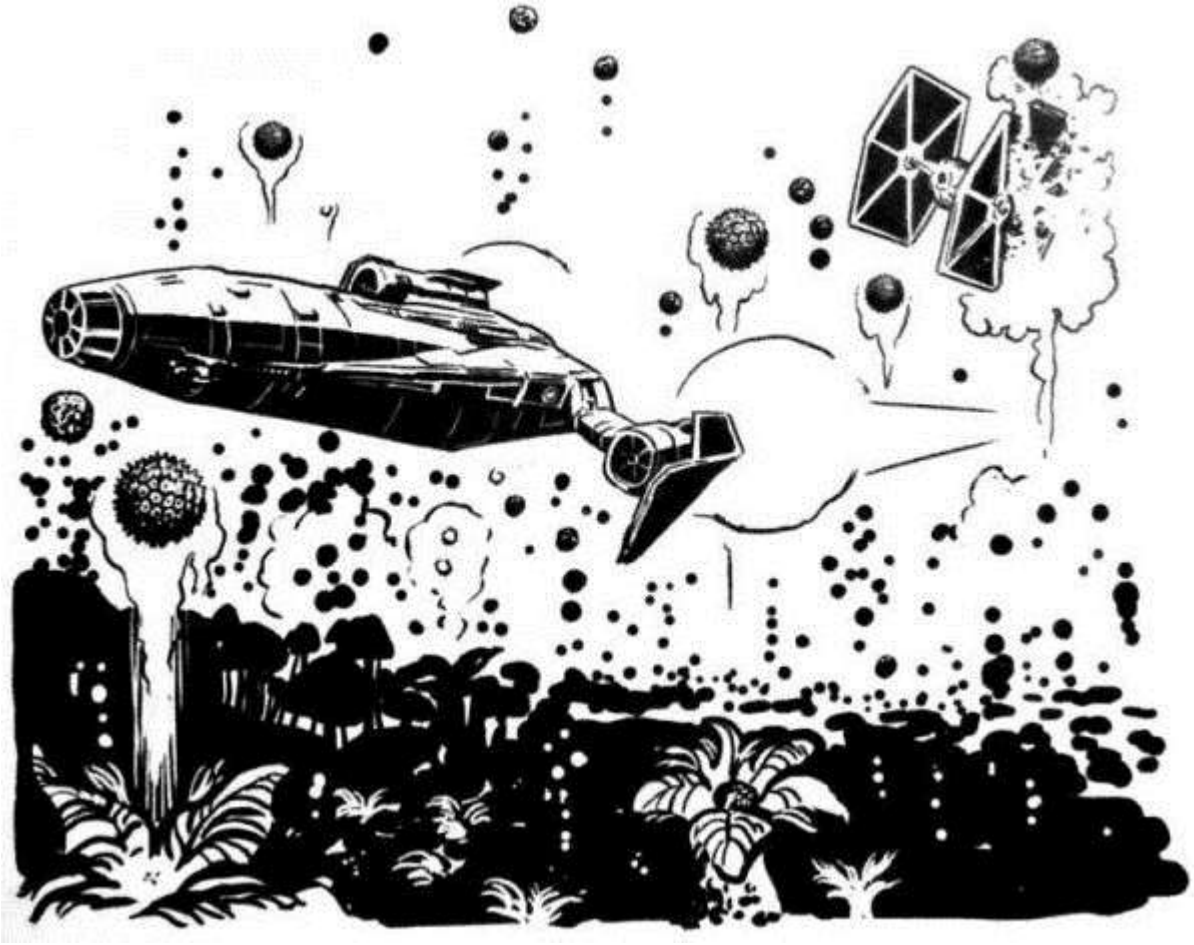
—¿Qué está pasando? —preguntó Milo mientras se asomaba por una de las ventanas laterales y la nave se inclinaba. El suelo había empezado a temblar y a sacudirse, creando olas geológicas que se extendían por toda la superficie del planeta. A medida que los terremotos se hacían más intensos, Lina vio que las montañas comenzaban a disminuir cuando los picos caían rodando hacia abajo. El complejo imperial se derrumbó por el centro y todo se llenó de humo cuando cedió sobre el patio. Y, en el centro de cada una de las olas, había una de esas enormes y crecientes bolas verdes con una oscura obertura en el centro.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Milo mientras el *Mensajero Estelar* se abría paso entre las nubes—. ¿Qué están hac…?

Hubo una explosión ensordecedora.

Agaris se sacudió de polo a polo, como si una explosión gigantesca hubiera surgido del corazón del planeta. El *Mensajero Estelar* se tambaleó, y las paredes y las ventanas comenzaron a vibrar. A través del cristal, Lina pudo ver que el planeta entero se estremecía, como si una mano invisible se hubiese apoderado de él y lo estuviera sacudiendo bruscamente.

Y como una bola de espinas que lanza sus pinchos, Agaris se desprendió de su piel nublada. Las nubes se deshicieron, evaporándose hacia el espacio. Lina vio como el bosque de hongos se separaba de la superficie del planeta, mientras fuentes de tierra negra se acumulaban alrededor de ellos. Las grandes setas cayeron y rodaron, con sus enormes raíces tras ellas. Los delgados tallos salieron disparados como flechas, impulsados por la fuerza del terremoto. Uno de ellos se dirigió hacia el *Mensajero Estelar*, lo golpeó con su enorme cabeza y apartó la nave a un lado.



—Sácanos de aquí —ordenó Rhyssa mientras la nube de escombros los empezaba a tragar. Auric asintió.

Era como atravesar un campo de asteroides, pensó Lina, excepto que estos proyectiles eran más pequeños y más planos, y se movían rápidamente hacia el espacio. La nave seguiría sufriendo grandes daños si alguna de aquellas cosas enormes impactaba contra ellos.

Entonces algo pasó por delante del ventanal, a más velocidad que cualquiera de los otros tallos. Era una esfera oscura que tenía la mitad de tamaño que el *Mensajero Estelar*; moviéndose aúna velocidad cegadora hacia la lejana oscuridad. Otra la siguió, y otra.

—¡Son ellos! —dijo Milo sorprendido, estirando la cabeza para mirar hacia el planeta.

Las esferas negras salían del centro de esos túneles gigantes como proyectiles de un cañón de iones, atravesando el campo de escombros hacia el espacio vacío. El planeta temblaba con cada descarga violenta.

—¿A qué te refieres con ellos? —preguntó Auric, observando con asombro.

—Los agarianos —dijo Milo—. Esas deben de ser las plantas de las que hablaba Hífrr, las que podían sobrevivir en el espacio. Mira, se dirigen al sol.

Tenía razón. Las esporas se movían en formación, girando en dirección a la lejana estrella.

—¿No se quemarán? —preguntó Lina.

—Deben de usar la gravedad de la estrella —sugirió Rhyssa—. Una onda, para coger velocidad. Tienen que cruzar distancias interestelares, después de todo.

—Vale, ahora es eso lo más increíble que he visto en mi vida —dijo Milo—. Lo siento, Cráter.

—No pasa nada —dijo el droide—. Estoy bastante de acuerdo.

—Incluso el Imperio se está apartando de su camino —dijo Auric, y Lina vio que el Destructor Estelar comenzaba una acción evasiva, apartándose de la órbita de Agaris mientras la nube de escombros iba en su dirección.

—Vamos a escucharlos —dijo Rhyssa antes de encender la radio. El ruido estático llenó la cabina.

Una voz imperial surgió de la nada.

—*¿Abrimos fuego?*

—*Deje que se vayan* —respondió Tarkin con tono pausado—. *El planeta es nuestro.*

—*Percibo una nave que sale de Agaris* —continuó la primera voz—. *Es una embarcación imperial, pero todas nuestras naves están contabilizadas.*

—*La familia Graf* —se burló Tarkin—. *Bien. Envíen un escuadrón caza para interceptarlos.*

Rhyssa apagó la radio.

—De verdad que no aguanto a ese hombre. —Se volvió, alzando la voz—. Cráter, ¿cómo va el hiperpropulsor?

—Ya casi está —respondió el droide—. Dos minutos.

Lina vio cuatro cazas TIE que salían del *Ejecutor* y se dirigían hacia ellos.

—No vamos a tener dos minutos.

—Trazaré un rumbo —dijo Auric, inclinándose sobre la consola—. Así podremos dar el salto a la velocidad de la luz en cuanto Cráter nos diga.

—¿Sabemos adonde vamos? —preguntó Rhyssa.

—A algún lugar seguro —dijo Auric—. Todavía tenemos los mapas, ¿recuerdas? Encontraremos un planeta tranquilo y agradable, algún lugar verde y pacífico, lejos de los soldados de asalto y los Destructores Imperiales.

Una imagen apareció en la cabeza de Lina. Una casa en el bosque, junto a un río salvaje. Un cultivo de grandes plantas frutales. Un lugar en el que ella y Milo pudieran crecer fuertes y sanos, donde sus padres pudieran enseñarles todo lo que necesitaban para sobrevivir. Toda su familia, junta, a años luz del peligro. Sería perfecto.

Pero eso era imposible.

—No —dijo—. No, no podemos.

Auric se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. Lina, no voy a poneros en peligro otra vez.

Lina puso su mano sobre el brazo de su padre.

—Toda la galaxia está en peligro, papá. El Imperio no parará hasta que todo les pertenezca, todos los planetas. Y no podremos perdonarnos el haber huido.

—No estamos huyendo —argumentó Rhyssa—. Esta no es nuestra lucha.

—Es la lucha de todos —dijo Milo, encarándose a su madre—. Lina tiene razón. Hay gente ahí fuera que lo han arriesgado todo por nosotros. Estábamos perdidos y solos y no sabíamos qué estábamos haciendo, y ellos nos ayudaron. Ahora es el momento de que nosotros los ayudemos a ellos.

—¿Los rebeldes? —preguntó Auric—. Nunca podremos agradecerles todo lo que han hecho. Pero ellos escogieron poner sus vidas en peligro. Ellos decidieron luchar contra el Imperio. Nosotros nunca tuvimos elección.

—Pero ahora la tenemos —dijo Lina—. Y tenemos que volver.

—Estoy de acuerdo —dijo CR-8R mientras se asomaba flotando en la puerta, observándolos.

Rhyssa alzó la mirada.

—¿Tú también, Cráter? —preguntó—. Tú fuiste programado para proteger a Milo y Lina, no para ponerlos en peligro.

—Eso no es del todo correcto, señora Rhyssa —dijo CR-8R—. Si recuerda, usted fue la que instaló mi programación primaria. Me diseñó para proteger niños, sabiendo que empezaría con los suyos. Pero Milo y Lina no son los únicos niños de la galaxia. Hay miles de millones más bajo amenaza. Al Imperio no le importan los niños. Lo único que les importa es el poder. Si nos unimos a esta lucha, quién sabe a cuántas familias podríamos salvar.

Por un momento, se hizo el silencio. Lina miró la cara de su madre y luego la de su padre. Los ojos de Auric estaban fijos en el suelo, y negaba con la cabeza lentamente.

Entonces, un proyectil láser impactó contra un lado del *Mensajero Estelar* y Milo soltó un grito. Los cazas estaban encarados hacia ellos, disparando mientras se acercaban.

—Cráter, espero que hayas arreglado el hiperpropulsor antes de decidir venir aquí a darnos el sermón —dijo Rhyssa.

—Por supuesto —respondió el droide—. Y también me tomé la libertad de poner rumbo a Lothal.

Auriclemiró.

—¿Has hecho… qué?

Milo se echó a reír.

—Cráter, eres un genio.

Otro proyectil alcanzó la nave. Frente a ellos, Lina pudo ver cómo las esporas agarianas se dirigían hacia el sol, aumentando la velocidad. Esperaba que Hífrr y su gente llegaran a buen puerto. Pero para ella, no había tal lugar. Era hora de volver y continuar la lucha.

—Acelera, papá —dijo, agarrando la mano de Milo y apretándola.

Auric activó el hiperpropulsor. Las estrellas se dirigieron hacia ellos, y desaparecieron.